

***LA ROMERA DE  
SANTIAGO***

**Tirso de Molina**

*PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:*

- El rey ORDOÑO
- LINDA, Infanta
- BLANCA, dama
- XIMENO
- LAURO
- Doña SOL
- ORTUÑO
- El conde don LISUARDO
- RELOJ, lacayo
- El conde GARCI Fernández
- FRUELA
- RAMIRO
- URRACA
- BERMUDO
- FÁVILA
- CRIADOS
- MÚSICA

## JORNADA PRIMERA

*Salen los que pudieren de acompañamiento, y el conde don LISUARDO, de camino, y ORDOÑO:, rey de León, y doña LINDA, infanta, su hermana, y siéntanse el rey ORDOÑO: y la infanta LINDA*

ORDOÑO:           ¿Conde?

LISUARDO:        ¡Señor!

ORDOÑO:           Escuchad.

La memoria de los reyes  
hace asegurar las leyes  
del temor y la lealtad,  
con el premio y el castigo  
que son los polos por donde  
suelen navegarse, conde,  
estos dos mares que digo.

Porque la definición  
de la justicia es igual  
medida que cada cual  
con la pena o galardón  
da lo que le toca. Yo  
estoy de vos obligado,  
y vos no tan bien pagado  
como el valor mereció

de vuestra heroica persona,  
puesto que para pagallo  
es poco con tal vasallo  
partir, conde, la corona,  
y por ver si corresponde  
la paga al valor igual,  
quiero hacer un memorial  
de vuestros servicios, conde.

Cuando el moro de Navarra,  
en ofensa de León  
quiso hacer ostentación  
de su persona bizarra,  
saliendo yo con la mía

del marte alarbe navarro,  
al paso, vos tan bizarro  
anduvistes aquel día  
    que nos dimos la batalla,  
que cuerpo a cuerpe le distes  
muerte y en fuga pusistes  
toda la alarbe canalla;  
    y tanta africana luna  
metistes de esta ocasión  
arrastrando por León,  
que envidié vuestra fortuna  
    más que la de haber nacido  
rey, en fin, porque es mayor  
imperio el que da el valor  
que el que en la tierra han tenido  
    los príncipes que nacieron  
con la dicha de heredallo;  
que a tan valiente vasallo  
reyes llegar no pudieron.

    Cuando sobre el feudo entró  
Garci Fernández, el conde  
de Castilla, hasta adonde  
el Esla los pies bañó  
    a sus soberbios caballos,  
sobre la puente del río  
no mostró el romano brío  
de Horacio para estorballos  
    el paso más valentía  
que vos, pues a voces dijo  
que erais rayo, que erais hijo  
del sol, Castilla, aquel día.

    Cuando el moro cordobés  
las cien doncellas pidió  
que Mauregato le dio,  
rey infame, vil leonés,  
    y le obligó mi respuesta  
a que pusiese en campaña  
de la morisma de España  
cuanta gente al arco apresta,  
    adarga embraza y empuña,

lanza jineta aprestando  
otro berberisco bando  
por la gallega Coruña  
    haciendo empeñar el suelo  
y que el África se asombre,  
¿no levantastes el nombre  
de Ordoño segundo al cielo?

    Si estos los servicios son  
del conde don Lisuardo,  
y hacerle merced aguardo,  
una Infanta de León,  
    legítima hermana mía,  
sola los basta a pagar,  
y hoy la mano os he de dar;  
de más de que merecía  
    vuestra sangre este favor,  
que no será la primera  
que honrar vuestra casa espera.

LISUARDO:    A tanta merced, señor,  
    ni sé responder, ni acierto  
a agradecer con razones;  
bien que en tales ocasiones  
es cordura el desacierto.

    Considere vuestra alteza  
lo que propone mejor,  
porque le viene el favor  
muy sobrado a mi nobleza.

ORDOÑO:    Yo tengo considerado,  
conde, el favor que os he hecho,  
y es justicia y es derecho,  
razón y razón de estado;

    porque, a granjear los dos,  
conde, venimos así.

Tanto me conviene a mí  
como os está bien a vos.

    Linda, mi hermana, ha de ser  
vuestra esposa, y dad la mano  
a la infanta.

LISUARDO:    El soberano  
favor me ha de enloquecer.

ORDOÑO: Levántese, Linda, a dar  
la mano al conde.

LINDA: Ocasión  
es, según sus partes son,  
que se pudo granjear  
a costa de mis deseos.

LISUARDO: Llegar a tanto en tan poco  
me ha de hacer que goce loco  
tan soberanos empleos;  
traición parece que ha sido  
al gusto y a la ventura.

ORDOÑO: Quien pagar, conde, procura  
lo mucho que habéis servido,  
de esta suerte lo ha de hacer.  
Vuestro valor os levanta  
a la alteza de una infanta.

LISUARDO: Sólo os puede responder,  
Ordoño, en esta ocasión,  
para no caer en mengua,  
el silencio, que en la lengua  
no hay sentimiento en razón  
del saber encarecer  
tan nunca vistos favores.

ORDOÑO: Si pudieran ser mayores  
no los dudara de hacer.  
Dé la mano vuestra alteza,  
hermana, al conde.

LISUARDO: Dejad  
que imagine que es verdad  
tanto bien, tanta grandeza  
primero, Ordoño valiente,  
generoso, heroico y justo,  
porque el gusto como el susto  
puede matar de repente.  
Con mil vidas que perdiera  
por vos, con que derramara  
de sangre un mar, no bastara  
para que comprar pudiera  
lo menos del bien que aguardo  
tan sin pensarlo.

LINDA: Yo estoy  
pagada en saber que soy  
del conde don Lisuardo.  
Ésta es mi mano y con ella  
el alma os rindo también.

LISUARDO: Si no es sueño tanto bien,  
loco estoy. Linda, más bella  
que el sol en belleza y nombre,  
a tanto cristal, a tanto  
del cielo y de amor espanto,  
no hay alma que no se asombre  
y mil tener estimara  
para ofrecer con la mano  
a vuestro pie soberano,  
prodigio de la más rara  
belleza que ha visto el suelo,  
de cuya mano divina  
con la mía el alma indina  
mide al sol rayo de hielo;  
puesto que en empresa igual  
más lince Amor, que Dios ciego  
hoy trueca flechas de fuego  
a cometas de cristal.  
Pero, señor, ¿con qué intento  
si esta merced me intentastes  
hacer, ponerme mandastes  
de camino? Un casamiento  
tan alto, ¿no requería  
galas cortesananas, antes  
que cosas que tan distantes  
son para tan grande día  
como las botas y espuelas?  
Perdonad, que enigmas son  
tan notable prevención  
de caminar, tantas velas  
de plumas en mis criados,  
tremolando al aire ya,  
adonde copiando está  
la primavera los prados  
en las galas de colores

y a quien el sol hace fiesta,  
de cuya hermosa floresta  
son clarines ruseñores,  
y tanto apercibimiento  
como León sale a ver,  
dando, Ordoño, en qué entender  
al sol, al abril y al viento,  
y todo tan diferente  
que obliga a esta admiración.

ORDOÑO: No ha sido sin ocasión;  
escuchadme atentamente.

Desde el día que tomé  
la resolución postrera  
de casaros con la infanta,  
mi hermana, con su belleza  
premiando vuestros servicios,  
quise que las bodas nuestras  
fuesen en un mismo día,  
para juntar ambas fiestas  
y para mostrar el gusto  
que yo tengo, conde, en ellas,  
porque corramos los dos  
en el estado parejas;  
pues para tomarle yo  
fue necesario que hiciera  
primero las de mi hermana,  
que es obligación y endeuda  
con que los varones nacen;  
y aunque Polonia y Bohemia,  
Flandes, Borgoña y Castilla  
me la han pedido, más fuerza  
las obligaciones, conde,  
que os tengo, me han hecho, y éstas  
con la merced de la infanta  
aún no quedan satisfechas.  
Ésta es la causa de haberos  
mandado con la grandeza  
que tenéis, conde, aprestada,  
que os pusieseis las espuelas

para que, luego que a Linda  
la mano dieseis, partiera  
vuestra persona a tratar  
mis bodas a Ingalaterra  
con Margarita, segunda  
hija de Enrico, tan bella,  
que la fama pasó el mar  
hasta León con las nuevas,  
para cuyo efecto agora  
en la Coruña os esperan  
cuatro bajeles, redondos  
escollos que el mar navegan,  
tan valientes y veloces  
caballos en la carrera,  
del campo de las espumas,  
que en pocos días las leguas  
que hay desde allí hasta Plemúa  
medirán, poniendo en ella  
duda al viento si son hijos  
de su propia ligereza.  
En aqueste pliego, conde,  
va la carta de creencia,  
la instrucción y mi retrato.  
Dadme los brazos y sepa  
Ingalaterra por vos  
de la Corona leonesa  
la grandeza y el valor.

LISUARDO: Perdonara a vuestra alteza  
la merced por la pensión  
que viene, Ordoño, con ella.  
Si fuera llevando a Linda  
fuera donde el sol no llega,  
adonde trueca en la Libia  
por átomos las arenas;  
pero no sé con qué vida,  
con qué esperanza sin ella  
podré llegar donde voy.

ORDOÑO: Con el gusto de la vuelta  
la ausencia puede sufrirse.

LISUARDO: Como el rigor de la ausencia

primero se ha de pasar,  
es necesario que sea  
el valor más confiado,  
más valiente la paciencia,  
más sufrida la memoria,  
la esperanza más resuelta;  
mas donde méritos faltan  
justo es que haya en recompensa  
tanto infierno a tanto cielo,  
a tal gloria tanta pena.

ORDOÑO:     Esto, es tan forzoso, conde,  
como veis, que porque fuera  
a esta embajada con más  
autoridad y grandeza  
vuestra persona, he querido  
honraros de esta manera,  
dando primero la mano  
a la infanta. De su alteza  
os despedid, y adiós, conde.

*Vase el rey ORDOÑO*

LISUARDO:   No tiene valor ni fuerza  
para tanta empresa el alma.

LINDA:     Conde, Dios os guarde y vuelva  
a León con la salud  
que, como es razón, desea  
quien ha de ser vuestra esclava.  
Porque, si es igual la ausencia,  
entre dos que están amando  
del que parte y del que queda,  
partamos los sentimientos  
entre los dos, por que sean,  
partidas y acompañadas,  
conde, menores las penas;  
que yo os aseguro, conde,  
que lleváis a Inglaterra  
un alma que os acompaña,  
tan fina y tan verdadera

amante, en fe de la mano  
que os di, que podréis con ella  
tener del tiempo al pesar  
penas y gustos a medias.  
Y a Dios que os guarde.

LISUARDO: Esperad,  
dejad que deje en la esfera  
de la nieve de esas manos  
con la boca el alma impresa.

LINDA: En el alma queda, conde,  
donde con firmeza eterna  
ha de vivir; Dios os guarde.

LISUARDO: Haced, Oriente, esas rejas  
para verme partir; nazcan  
vuestros dos soles en ellas  
otra vez, no se me pongan  
tan presto.

LINDA: Conde, quien tenga  
menos causa de querer,  
menos razón de estar ciega,  
atreverse puede a tanto.  
Permitidme, pues es fuerza  
el ausentáros, que escuche  
el mal, y que no le vea,  
y guárdeos Dios.

*Vase la infanta LINDA*

LISUARDO: Dios os guarde.  
Loco voy, y no me dejan  
las mismas ansias partir.  
¡Mal haya, enemiga ausencia  
quien de amor te llama olvido  
siendo pasión que te aumentas  
en la misma privación!

*Sale RELOJ, de camino con fieltro*

RELOJ: No ha de ser mi norabuena  
la postrera, ¡vive Dios!  
Perdone la palaciega.  
ceremonia el caminante  
traje de fieltro y librea  
que a pisar indignamente  
énte estas salas; y luengas  
edades goce vusía,  
vueselencia o vuestra alteza  
a la infanta, mi señora,  
que se me ha puesto en la testa  
que ha de heredar a León,  
porque le he visto con muestras  
de impotente al rey notables.

LISUARDO: ¿De qué suerte?

RELOJ: Es cosa cierta.

Todo lampiño de barba  
y bigotes no procrea,  
porque son en el varón  
señales de fortaleza,  
como en éstos de templanza,  
y si alguna vez engendran  
en sus cluecos desposorios,  
son aves para la iglesia.

LISUARDO: ¿Cómo?

RELOJ: Capón es no más.

Gente que trae sin vergüenza  
huevos de avestruz por caras,  
que las pestañas y cejas  
les han dado de barato,  
aunque algunos se consuelan  
cuando ven los angelitos  
pintados, pues con ser esta  
gente más honrada que ellos,  
en cinco mil primaveras  
de edad jamás han barbado.

LISUARDO: Siempre estás de una manera.

¡Oh lo que envidia tu humor!

RELOJ: También tengo mis tristezas;  
también gozo mis pesares;

también lloro mis ausencias;  
también hay Juana y Lucía,  
Marina, Aldonza y Quiteria  
de quien despedirse el hombre;  
que llevo de una gallega  
en el alma atravesados  
trece puntos de chinela  
que, a estar en un facistol,  
pudieran cantar por ellas  
un motete, porque anduvo,  
según la apariencia enseña,  
con esta nación de pies  
pródiga naturaleza;  
y no tres puntos, seis puntos...  
¡Jesús! En unas talegas  
traigo los pies, y son vainas  
donde el juanete profesa  
tan gran clausura, que obliga  
con las meninas tijeras  
a la cuchillada en cruz,  
y dice abajo una letra,  
"Aquí mataron a un callo,  
rueguen a doña Teresa  
que se calce un punto más,  
porque de esta suerte tenga  
su apretado pie en descanso  
de cordobán y de suela."

LISUARDO: Reírme has hecho sin gana  
de tus disparates.

RELOJ: Pecas  
mortalmente contra Amor  
y no has de hallar quien te absuelva.  
¿Sin gana? ¡Qué grosería!  
¡Qué ingrata correspondencia!  
¡Qué poca fineza! ¿Cómo  
te puede sufrir la tierra?  
¡Jesús, Jesús, qué notable  
delito! Dios te convierta,  
despojado Jeremías,  
amante de la ley vieja,

Heráclito de los Condes.

LISUARDO: ¡Ah borracho!

RELOJ: ¿Quién lo niega?

LISUARDO: Adiós, Linda; adiós, hermoso  
cielo de amor, pues es fuerza  
dejaros, que hasta volver  
el alma en rehenes queda,  
y adiós, que parto sin alma.

*Vase LISUARDO*

RELOJ: ¿Sin alma? ¡Qué borrachera!

Dóysela de dos la una  
a cualquier difunto. ¡Oh bestias  
de Amor! ¡Oh locos amantes,  
qué presto que el alma dejan,  
y como quien no hace nada  
se van por su pie sin ella  
trecientas leguas! Bien haya  
un lacayo, que si llega  
a despedirse de Elvira,  
de Catalina o de Menga,  
no trata de almas ni trata  
de más que de dar la vuelta  
con alma y cuerpo y tomar  
lo que le dan por fineza,  
si son cuellos o camisas  
y sin lágrimas ni quejas,  
suspiros ni otras embrollas,  
se despide a media rienda  
con un abrazo en aspón  
y un beso de castañeta;  
y sin hacer más misterios  
el se va y ella se queda.  
Yo le sigo. ¡Ah, pobre conde!  
¡Cuál baja las escaleras  
de palacio! No me espanto  
de que la causa merezca  
este enamorado aplauso,

que Linda, la infanta, es bella,  
y es infanta de León.

*Arriba en una ventana LINDA y BLANCA*

BLANCA: Del conde es esta librea.

LINDA: Llámale, por vida tuya,  
Blanca.

RELOJ: Adiós, paredes llenas  
de nidos de golondrinas,  
mondongas y urracas dueñas.  
Adiós, patios de palacio  
donde tantas y tan necias  
pretensiones paseadas  
hacen señal en las piedras.

BLANCA: ¡Hola! ¡Ah, lacayo del conde!

RELOJ: ¡Qué soberana belleza  
en tiple me está oleando!  
¿Quién sin ser cura me olea?

LINDA: ¿Partióse ya el conde?

BLANCA: Mira  
que te está hablando su alteza.

RELOJ: Ya lo miro con dos ojos  
y con treinta reverencias.

LINDA: ¿Partióse el conde?

RELOJ: Según  
su sentimiento y su flema  
pienso que no.

LINDA: ¿No eres tú  
su criado?

RELOJ: Y de su alteza  
muy servidor, porque soy,  
hablando con reverencia,  
a quien tiene el conde muchas  
obligaciones y deudas,  
de hacer merced por servicios,  
que de persona y de lengua  
le he hecho veinte años ha.

LINDA: Privarás con él, que muestras

desenfado cortesano.

RELOJ: Tengo muchas excelencias.

LINDA: ¿Cómo te llamas?

RELOJ: Reloj.

LINDA: ¡Notable nombre!

RELOJ: A mi abuela

le debo, después de Dios,  
porque fui desde la teta  
al reloj tan semejante,  
que no hay cosa que convenga  
tanto conmigo en tener  
puntualidad en la eterna  
vigilia de no dormir,  
porque tengo la cabeza  
con notable sequedad;  
y no se halla quien duerma  
menos que el reloj, pues nunca  
como frenético deja  
de dar en su tema a voces,  
como yo doy en mi tema,  
en estar midiendo siempre  
el tiempo en aguar las fiestas,  
diciendo, "Las doce son,  
las dos darán las primeras,  
mañana es viernes, señores."  
Y ya que en dar no parezca  
reloj, en pedir lo soy;  
sólo doy en las tabernas,  
que son mis parroquias, donde  
tragos por horas me cuestan  
por cuartos y por cuartillos.

LINDA: Pues haz, Reloj, que no sean  
del tiempo a pesar las horas  
tan largas en esta ausencia;  
apresura al sol los pasos,  
los siglos al tiempo abrevia  
y te deberá la vida,  
aunque es tan a costa de ella.

*Salen GARCÍ Fernández y XIMENO,*

*criado*

XIMENO: A gran cosa te aventuras  
si el mismo día que llegas  
enamorado a León  
en demanda de esta empresa  
al conde don Lisuardo  
da el Rey a Linda, pues quedan  
capitulados y dadas  
las manos, premisas ciertas  
de que su esposo ha de ser,  
luego que de Inglaterra  
vuelva el conde.

GARCI: Nunca amor  
de lo más fácil se precia.  
Garcí Fernández, el conde  
de Castilla soy, y heredan  
más altas obligaciones  
mi valor y mi nobleza.  
Y aunque me niegue su hermana  
por nuestras pasadas guerras  
y diferencias, Ordoño,  
pretendo ser dueño de ella,  
o en la empresa he de morir.

RELOJ: Dadme, señora, licencia,  
porque el conde, mi señor,  
a estas horas galopea  
fuera de León, por dar  
más presto a veros la vuelta,  
y soy de la infantería  
y he de caminar por fuerza  
delante de su caballo  
o al lado de su litera.

LINDA: Dile al conde...

GARCI: Damas hay,  
don Ximén, en estas rejas  
que caen a los corredores.

RELOJ: Guarde Dios a vuestra alteza.

GARCI: La infanta es, y éste sin duda

que despidiéndose de ella  
está, es lacayo del Conde.

LINDA: Dios te guarde.

RELOJ: Adiós.

LINDA: Espera,  
y esta banda que te arroja  
Blanca, al conde, Reloj, lleva  
para que al cuello en mi nombre  
le acompañe en esta ausencia,  
a quien le da mi esperanza  
la color y mi firmeza  
el oro, y vuélvale el cielo  
con la salud que desean  
mis ojos verle en León.

*Da la banda a BLANCA y vase*

GARCI: Ximén, si no pareciera  
locura de amor, matara  
al lacayo.

BLANCA: Reloj, ésta  
es la banda; adiós...

*Echa la banda y vase*

RELOJ: Adiós.

*Llega GARCI Fernández y cógela al  
vuelo*

GARCI: Aparta, villano, y deja  
trofeos de quien tus manos  
son tan indignas, y cuenta  
a tu dueño cómo un hombre  
de más valor, de más prendas,  
enamorado y celoso,  
con esta banda se queda;

que me la pida del modo  
que quisiera cuando vuelva  
de Ingalaterra, que yo  
le aguardo en León, si fuera  
un Hércules, un Aquiles,  
que no es razón que merezca  
favores tan soberanos  
menos que quien dueño sea  
del mundo, como Alejandro,  
para hacer a Linda reina  
del mundo, o Garci Fernández,  
conde de Castilla, esfera  
donde esta banda ha de ser,  
a pesar de la tormenta  
de mis celos, arco hermoso  
de la paz que amor desea  
Vamos, Ximén.

RELOJ:                               ¡Vive Dios!

GARCI:                   ¿Qué dices?

RELOJ:                               ¿Yo? que me tengas  
por tu amigo.

GARCI:                               Vete, pues.

RELOJ:                   Ya me voy; pero...

GARCI:                               ¿Qué esperas?

RELOJ:                   Nada, por cierto; mas mira,  
si es posible con más flema,  
que es de la infanta esa banda  
y que no hay burlar con ella  
ni con el conde, mi amo,  
a quien se dirige, y fuera  
razón tener cortesía;  
y cuando no se la tengan  
ausente, soy hombre yo  
que la banda de su alteza  
con tanta superchería  
tiranizada por fuerza,  
y en este lugar, sabré...

GARCI:                   ¿Qué sabrás?

RELOJ:                               Irme sin ella.

*Vase RELOJ*

GARCI: Loco con la banda voy.

XIMENO: ¡Notables cosas intentas!

GARCI: Para los pechos tan grandes  
se hicieron grandes empresas.

*Vanse. Sale LINDA*

LINDA: Cansada ausencia, dolor  
en el alma tan asido,  
parece que habéis nacido  
de un parto con el Amor.  
Vuestro enemigo rigor  
a un mismo tiempo sentí  
que del amor conocí  
el movimiento primero,  
tanto que de ausencia muero  
desde que al amor nací.

Cuando yo no conocía  
qué era amor, imaginaba  
que quien a querer llegaba  
de ningún pesar sabía;  
mas agora cada día  
los daños de la apariencia  
desengañan la paciencia,  
que hallando a su mal testigos  
va descubriendo enemigos  
en el campo de la ausencia.

Pensaba yo que el mayor  
era la ausencia no más;  
y vanme enseñando más,  
las espías de mi amor,  
porque celoso temor,  
las sospechas y el olvido  
acometen al sentido,  
monstruos.de tanto poder  
que se dan a conocer

primero que hayan nacido.

*Sale BLANCA*

BLANCA: Señora.

LINDA: Blanca.

BLANCA: Tu hermano  
manda avisarte primero  
porque cierto caballero,  
embajador castellano,  
quiere besarte la mano,  
y él excusa darle audiencia  
con esto, que en tu prudencia  
libra el desengaño.

LINDA: Ya  
entiendo al rey. ¿Dónde está?

BLANCA: Aquí, aguardando licencia.

LINDA: Dile que entre, que su intento  
justamente de mí fía.  
Notablemente porfía  
Castilla en mi casamiento;  
en pie recibirle intento,  
por que no quiero obligarme,  
que se siente con sentarme.

*Sale GARCI Fernández con la banda  
puesta*

BLANCA: Llegad, que su alteza espera.

GARCI: ¡Qué hermosamente severa  
el audiencia aguarda a darme!  
¡No he visto mayor valor  
con tan divina belleza!  
Deme los pies vuestra alteza.

LINDA: Levantaos, Embajador.

GARCI: Como otra deidad de amor  
suspende, turba y admira  
a quien su hermosura mira.

LINDA: (O es deseo o ilusión, **Aparte**  
o hace la imaginación  
casi verdad la mentira,  
o ésta es la banda que di  
para el conde.) Blanca, escucha.

GARCI: Mucha es su cordura, y mucha  
su beldad; no estoy en mi.

LINDA: ¿No es ésta mi banda?

BLANCA: Sí,  
señora, o tan semejante,  
que es a engañaros bastante.

LINDA: La semejanza me está  
quitando el sentido.

GARCI: (Ya, **Aparte**  
para poder ser amante  
más dichoso y confiado,  
en sus divinos despojos  
la infanta ha puesto los ojos  
con particular cuidado;  
siempre la Fortuna ha dado  
victoria al que es atrevido.)

LINDA: (Perdiendo estoy el sentido. **Aparte**  
¡Qué notable confusión!)

GARCI: De tan justa suspensión  
como viéndoos he tenido,  
puedo valerme, señora,  
para salvar el cuidado  
de no haberos preguntado,  
lo que es tan justo, hasta agora.  
¿Cómo estáis?

LINDA: Como quien llora  
la ausencia del conde...

GARCI: (¡Ay, cielos! **Aparte**  
Cuanto escucho y miro es celos.)

LINDA: ...que en bienes tan deseados  
es centro de mis cuidados  
y blanco de mis desvelos.

GARCI: El de Castilla pudiera,  
señora, formar de vos  
quejas, pues siendo los dos

de un nacimiento y esfera,  
permitís que los prefiera  
de vuestro hermano un vasallo.

LINDA: Ya en él tantas partes hallo,  
después que le he dado el sí  
y que la mano le di  
de esposa, que aun igualallo  
quien goza la monarquía  
del imperio no podrá;  
y desengañarse ya  
el de Castilla podría  
sabiendo que no soy mía,  
y que a sus cartas molestas  
tan diferentes respuestas  
tiene de Ordoño, mi hermano.

GARCI: Ama como castellano.

LINDA: Son necias finezas éstas  
cuando me ve en esperanzas  
de otro dueño.

GARCI: No es razón  
que hasta estar en posesión  
que tenga desconfianza;  
y hasta agora prenda alcanza  
de esas manos, que a su amor  
da esperanzas el calor  
con que a dar celos se atreve  
al sol, aunque no le lleve  
otro bien su embajador;  
que está dando afrenta al día  
de tus soles que hurtó al viento;  
perdona el atrevimiento  
y sus colores confía,  
que una amorosa osadía  
méritos gana.

LINDA: Es verdad,  
cuando está la voluntad  
de cobarde recatada;  
mas prenda sin gusto hurtada  
tiene poca calidad;  
porque tan necia osadía,

y a persona como yo,  
si en delito no incurrió  
no escapa de grosería;  
y no es bien que prenda mía  
nadie goce a mi pesar,  
que no quiero averiguar  
de la manera que ha sido,  
sino dejarte corrido  
con llegártela a quitar.

*Arráncasela del cuello*

De mi firma y de mi mano  
esta respuesta y no más  
a tu dueño llevarás,  
embajador castellano;  
y por vida de mi hermano  
y del conde, si en razón  
de esto has hecho relación  
de mi autoridad ajena,  
que te cuelguen de una almena,  
la más alta de León.

*Vase*

GARCI: Esquivos arrojamientos,  
varoniles bizarrías  
contra obstinadas porfías  
de imposibles escarmientos;  
que cuando los pensamientos  
ciegos con su error se casan,  
más los límites traspasan  
del fin en que se desvelan  
con desengaños que hielan  
y con desdenes que abrasan.

*Vase. Salen el conde don LISUARDO y FRUELA, LAURO,  
RAMIRO y RELOJ, criados*

LISUARDO: Ya me parece que es hora  
de caminar, que los rayos  
del sol, licencia a las sombras  
por el ocaso van dando;  
que basta lo que hemos sido,  
mientras su fuerza ha durado,  
huéspedes de estos laureles  
y de estos cristales claros.

RELOJ: El marqués de Mantua fuiste,  
hoy con todos tus criados.

LISUARDO: ¿Cómo, Reloj?

RELOJ: Porque a todos,  
dando a la merienda aplauso,  
alrededor de una fuente  
mandaste sentar.

LISUARDO: El campo  
nos brindó.

RELOJ: ¿Qué te parecen  
los de Galicia?

LISUARDO: Retratos  
de los jardines Hibleos.

LAURO. Los Elíseos los llamaron  
muchos antiguos.

LISUARDO: Tuvieron  
razón, que pienso que el mayo  
de estos campos, de estas cumbres,  
es eterno ciudadano,  
y que pueden a cristales  
hechos en peñas pedazos,  
apostar el Sil y el Miño  
con Guadalquivir y el Tajo,  
cuyas fértiles riberas,  
para hacer por abril palio  
al sol, parece que están  
flores a estrellas copiando.  
Plata y verde es la librea  
que dan los montes bizarros,  
siendo por faldas y cumbres  
los arroyos pasamanos,  
bendiciendo con las lenguas

que primero murmuraron,  
al zafiro de los cielos,  
la esmeralda de los prados,  
que a no gozarlos tan triste  
de ausente y enamorado,  
fuera pasar por el cielo.

RELOJ: Alabando estás de espacio  
los arroyos y los ríos,  
cuando nos está brindando  
Ribadavia, a quien venera  
santa nación, por el santo  
licor, que sobre un magosto  
de castañas, hace raros  
milagros. Perdonen todos  
cuantos hay, tristes y blancos,  
que éste es el rey de los vinos,  
o el monarca.

LAURO: Eso está claro.

LISUARDO: Fértil tierra.

RELOJ: De esa suerte  
bien puede un lacayo honrado  
decir que es gallego agora.

LISUARDO: ¿Por qué no, si estos peñascos  
a Castilla y a León  
tan honrada sangre han dado,  
que para gloria del mundo  
basta el blasón de los Castros,  
en Galicia tan antiguo?

RELOJ: Y los Relojes, ¿es barro  
desde que se usaron horas?  
Gente que siempre está dando,  
a imitación de los condes  
y marqueses.

LISUARDO: Reloj, paso,  
no te desconciertes.

FRUELA: Siempre,  
cuando está desconcertado  
el reloj, suelen decir,  
"el reloj está borracho."

RELOJ: No quitando lo presente,

señor escudero, hablando  
con reverencia.

LISUARDO:                En efecto,  
¿el camino de Santiago  
es éste?

RAMIRO:                Y en toda Europa  
no hay camino más cosario,  
aunque entre el de Roma y entre  
el del Sepulcro sagrado  
de Jerusalén.

LAURO:                No tiene  
el mundo provincia en cuanto  
el bautismo se predica  
que a este antiguo santuario,  
de nuestro patrón no envíe  
peregrinos, ni apartado  
mar, adonde el pasajero  
y el piloto del naufragio  
en la pared de su templo  
no cuelgue tabla o milagro,  
ni en las mazmorras de Fez  
o Argel, cautivo cristiano  
que no traiga la cadena  
de su libertad, pagando  
las gracias en esto al cielo  
y al Patrón de España.

FRUELA:                Es tanto,  
que al camino que en el cielo  
por causa de estar cuajado  
de estrellas llamó el gentil  
camino de leche, han dado  
en llamarle vulgarmente  
el camino de Santiago.

RELOJ:                Y es de suerte, que viniendo  
cierto labrador cansado  
del campo a su casa humilde  
una noche de verano,  
queriendo hacerle su esposa  
lisonja, en medio de un patio  
le puso la cama al fresco;

mas él, los ojos alzando  
al cielo y mirando encima  
el camino de Santiago,  
dio voces a su mujer,  
y dijo, "¿No habéis mirado  
dónde la cama habéis hecho?  
¿Queréis que se caiga acaso  
un bordón de un peregrino  
de los que van caminando,  
frasco lleno o calabaza,  
y que me quiebre los cascos?"  
Y creyéndolo los dos,  
a un aposento, temblando,  
con más miedo que vergüenza,  
los colchones retiraron.

LISUARDO: El cuento me ha dado sed.

RELOJ: ¿Y risa no? ¡Caso extraño!

LISUARDO: Basta la que aquella fuente  
entre cristalinos labios  
muestra, brindando a beberla.

LAURO: ¿Quieres agua?

LISUARDO: Tráela, Lauro,  
en un cristal que compita  
con el hermoso y helado  
de esa fuente.

### *Va por ella*

RELOJ: ¡Infame antojo!  
En mi vida me brindaron  
para beber fuentecicas  
ni arroyuelos despeñados  
por traidores contra el vino.  
Siempre entre dientes hablando,  
y si por desdicha enferma  
de tercianas un cristiano,  
no hay fuente que le socorra,  
con andar por esos campos,  
sin tener que hacer baldias,

y no puede ser aguado  
sino un rocío.

*Sale LAURO con un vidrio de agua*

LAURO:                   Aquí está  
                          el agua.

LISUARDO:               Muéstrala, Lauro,  
                          y partamos.

*Salen doña SOL y URRACA de  
peregrinas*

SOL:                    ¿Señor conde?...

LISUARDO:            ¡Notable belleza!

SOL:                    Dadnos  
                          limosna a estas dos romeras  
                          que vienen de Santiago.

LISUARDO:            Del mismo cielo parece  
                          que las dos habéis bajado.  
                          Merced me haced de correr  
                          a los rostros soberanos  
                          de los volantes dichosos  
                          las cortinas.

SOL:                    No llegamos  
                          haciendo esta ostentación;  
                          si sois servido de darnos  
                          limosna, hacednos merced,  
                          y si no, el apóstol santo  
                          en esta jornada os guíe.

LISUARDO:            ¡Esperad, esperad!

SOL:                    Vamos  
                          con diferentes intentos.

LISUARDO:            No es cortés término darnos  
                          con las espaldas tan presto,  
                          ni novedad suplicaros  
                          que los volantes quitéis.

SOL:                    A quien es tan cortesano,



mi devoción en las conchas,  
veneras y santiagos  
de azabache y de marfil,  
que; como es costumbre, traigo  
en sombrero y esclavina;  
y quien sois, sabiendo acaso  
de los vuestros, a pedir  
las dos limosna llegamos.  
Ved si nos la habéis de dar,  
o guardéos Dios.

LISUARDO: Alejandro  
quedara corto, señora,  
en esta ocasión. No hallo  
para serviros, si no es  
esta cadena que alabo  
los diamantes, cuando estén  
en vuestras hermosas manos,  
por los mejores que ha visto  
Ceylán.

SOL: Nosotras no vamos  
sino es pidiendo limosna  
por el voto de que os hago,  
señor conde, relación,  
y los diamantes dejadlos  
para quien tan bien los luce,  
que allá en Castilla no estamos  
las mujeres como yo  
tan faltas de ellos, que traigo  
algunos con que poder  
serviros y regalaros,  
que pueden desafiarse  
con más de una estrella a rayos.  
Y el cielo os guarde con esto,  
que me parece que estamos  
los dos mal de esta manera;  
vos, el tiempo dilatando  
de caminar; yo, con vos  
pasando ya del recato  
los límites que me debo,  
y que por quien soy me guardo,

y es razón no detenerme,  
ni entreteneros hablando,  
caminaréis más aprisa  
y beberéis más despacio.

LISUARDO: Detente, que, vive Dios,  
que es rigor demasiado  
partirte de esa manera.

SOL: Pues ¿qué quieres?

LISUARDO: ¿Qué más claro  
te pueden hablar mis ojos  
de lo que te están hablando?

RELOJ: Y vos, dulce motilona,  
de este hermoso castellano  
serafín, no os vais; mirad  
que hay también quien os ha dado  
más corazón que a Belerma.

URRACA: ¿Y es Durandarte el lacayo?

RELOJ: ¡Qué presto me conociste!

URRACA: No basta el fieltro por ramo  
a el vinagre que vendéis?

RELOJ: Romera de los diablos,  
poco a poco, que, por Dios,  
que somos de un mismo paño,  
y que te haré una manera,  
sin saber cómo ni cuándo,  
en el alma.

URRACA: ¿De qué suerte?

RELOJ: Con un beso y dos abrazos.

URRACA: Yo lo doy por recibido;  
pero sepa que me llamo  
Urraca y soy de Castilla,  
y conmigo, señor ganso,  
no hay zorroclocos.

RELOJ: Vertiendo  
estás por ojos y labios  
seis mil ducados de renta.

URRACA: ¡Encarecimiento extraño!

RELOJ: ¿Pues hay más que encarecer  
que con dinero sepamos?  
¿Hay mayor donaire? ¿Hay cosa

de más hermosura?

SOL:

Tanto

os hacéis desentendido  
de lo que soy, que me canso  
de estar cansada con vos  
de advertiros y escucharos;  
hacedme merced de hacer  
como quien sois, y dejarnos  
proseguir nuestro camino,  
sin que nos impida el paso  
poco decoro a la sangre  
que tengo, al antiguo y claro  
blasón de algún apellido  
que honra a España y que heredaron  
estos nobles pensamientos  
que veis, y que están brotando  
valor y honor por los ojos,  
por las palabras, por cuantos  
átomos de sangre tengo  
de ser mujer; que esto al alto  
y al humilde suele siempre  
obligar, y al más bizarro.  
Sabed ser galán cortés,  
no grosero cortesano.

LISUARDO: Dejadme besar la nieve  
de una mano.

SOL:

De mi mano

esperad, conde, más castas  
hazañas, y reportaos;  
no pasen las groserías  
a poder llamarse agravios,  
que--¡vive Dios!--que mujer  
como soy, sepa dejaros  
con desengaños de libre,  
con presunciones de ingrato,  
con escarmiento de necio  
y castigos de villano.  
Vamos, Urraca.

*Vanse doña SOL y URRACA*





## JORNADA SEGUNDA

*Salen doña SOL y URRACA solas, de la misma  
suerte que primero*

URRACA: Notablemente sentiste  
que te pidiese favores  
el conde.

SOL: Urraca, no ignores  
que esto hasta aquí me trae triste.  
¡Que un señor, un caballero  
que más cortés debe ser  
con una honesta mujer  
anduviese tan grosero!  
¿Diéronle acaso mis ojos,  
Urraca, alguna ocasión?

URRACA: Cuando tan livianos son  
animan a los antojos;  
culpa a tu misma hermosura  
de su atrevimiento.

SOL: Calla,  
que estas son disculpas que halla  
la necesidad. ¿Por ventura  
estoy obligada a ser  
fea para no perderme  
el respeto; sin valerme  
el que debe a una mujer  
cualquier hombre principal,  
que es lo que se debe a sí?

URRACA: Tienes razón; pero di,  
¿cómo te parecen mal  
todos los hombres?

SOL: Urraca,  
nacé con esa aspereza.

URRACA: Siempre fue de la belleza  
la ingratitude sombra.



Murmuráis y malqueréis  
regalados y pagados.

¡Qué de cosas se excusaran  
si excusaros se pudiera!

URRACA: ¿Mandaste que la litera  
y los criados pasaran  
adelante?

SOL: Urraca, si;  
porque quiero caminar  
hasta este primer lugar  
a pie:

URRACA: Deberánte ansí,  
más que a abril, flores los prados.

SOL: Y yo a ti lo que callares,  
que no son pocos pesares  
sufrirte algunos enfados,  
de mi condición ajenos  
y nuevos en mí hasta agora.

URRACA: Perdón te pido, señora,  
y estos campos por lo menos  
enamoren tu hermosura.

SOL: La suya a la vida avisa  
en el marchitarse aprisa.  
Ya parece que procura  
el sol entrarse en el mar;  
un poco más caminemos,  
Urraca, porque lleguemos  
con luz alguna al lugar.

*Salen el conde don LISUARDO y todos sus criados  
embozados, con bandas por las caras y las espadas desnudas*

LISUARDO: ¡Teneos!

URRACA: ¿Qué es esto, cielos?  
¡Perdidias somos!

SOL: Urraca,  
no te aflijas, no te turbes;  
que estas desnudas espadas  
no quieren sangre.

URRACA: ¡Ay, señora!

¿Qué quieren?

SOL: Oro y plata;  
que éstos son algunos hombres  
de obligaciones, que pasan  
necesidad y procuran  
de esta suerte remediarla  
saliéndose a los caminos.  
Deja que los hable.

URRACA: Acaba,  
y sepamos lo que intentan  
de esta suerte.

SOL: Camaradas,  
contra dos mujeres solas  
menos que una espada basta.  
Retiradlas, que si vuestra  
determinación lo causa  
necesidad de dineros,  
y dos mujeres honradas,  
que en este traje caminan,  
os parece qué esa falta  
pueden suplir, reportaos,  
y sin armas ni amenazas  
cortésmente os serviremos.

### *Descúbrese LISUARDO*

LISUARDO: Romera hermosa y gallarda:  
sólo tu belleza busco.

URRACA: ¡Hablara para mañana!

SOL: ¿Quién sois?

URRACA: ¿Al conde, señora,  
no conoces?

SOL: No son trazas  
éstas de hombres como el conde,  
y así en quien era dudaba.

LISUARDO: Amor me obliga, romera,  
y tu desdén, que con tanta  
violencia a buscarte vuelva.

Procura menos ingrata  
corresponderme, que estoy  
perdido.

SOL:                   Conde, repara  
en quien soy, y juntamente  
que en hacerme ofensa agravias  
lo más noble de Castilla;  
que soy doña Sol de Lara,  
condesa de Lara e hija  
de don Manrique, a quien llama  
España el nunca vencido;  
que puesto que muerto falta  
a mi honor, de él heredé  
sangre tan noble, que basta  
contra las locas porfías.

LISUARDO:    Pues yo te doy, Sol, palabra  
de marido.

SOL:                   Y el primero  
que ha hecho cuando se casa  
estelionato eres tú.

LISUARDO:    ¿De qué suerte?

SOL:                   Si a la infanta  
de León la has dado, conde,  
¿cómo a un mismo tiempo tratas  
otro casamiento? Advierte  
que vienes ciego y que pasas  
los límites de quien eres,  
y prosigue tu jornada,  
que no es razón

LISUARDO:               No hay razón  
en amor.

SOL:                   Ya se adelanta  
eso a locura.

LISUARDO:               Tú misma  
me disculpas.

SOL:                   Y tú infamas  
tu valor.

LISUARDO:               Ya no hay valor.

SOL:            Tendréle yo.

LISUARDO:               No habrá humana

resistencia al amor mío.

SOL:       ¿A un ciego apetito llamas  
amor?

LISUARDO:       Amor o apetito,  
yo he de gozarte.

SOL:               Ya manchas  
con las palabras mi honor.

LISUARDO:       No han de ser solas palabras.

SOL:       Pues serán, conde, las obras  
imposibles. Lo que el alma  
rigiese esta sangre noble,  
animare estas entrañas,  
alentare este animoso  
corazón, esta bizarra  
presunción tuviese en pie,  
o dejaré de ser Lara,  
antes de mis padres hija,  
doña Sol y castellana.

LISUARDO:       Mi bien, mi gloria, mi dueño;  
mujer sois, amor me abrasa;  
vuestro soy, no me matéis  
con tanto desdén, con tanta  
ingratitude y aspereza,  
que no hay ninguna inhumana  
fiera que no quiera bien  
su semejante. Las plantas,  
las peñas, fuentes y ríos  
con ser insensibles, aman.  
Aquel ruiseñor escucha,  
y verás que cuando canta  
amorosas quejas son.  
Mira allí cómo se abrazan  
con los sauces y los olmos  
las hiedras enamoradas.  
Hasta aquel peñasco está  
enamorando las aguas  
de aquel cristal fugitivo.

SOL:       Mira entre esas semejanzas  
de amor, si nadie por fuerza  
lo que le niegan alcanza.

Amor es correspondencia  
entre dos iguales almas,  
que la costumbre la engendra  
y alimenta la esperanza.  
Las principales mujeres  
de la estimación se pagan,  
y ésta es hija de los días  
con el tiempo acreditadas;  
que accidentes repetidos  
de amor, finezas bastardas  
cuando más arden, se hielan,  
cuando comienzan, acaban;  
que como del apetito  
más que del amor cansadas,  
corten por la posesión  
y sobre el olvido paran.  
Lo que no cuesta deseos  
no lo estima el gusto en nada,  
que a las fáciles empresas  
siempre sigue la mudanza.  
Da tiempo al tiempo, enamora,  
con estimación regala,  
sirve, ruega, desconfía,  
escribe, recela, aguarda  
y no atropelles por fuerza  
prendas de tanta importancia,  
pues no vienen a ser gustos  
los del cuerpo sin el alma.

LISUARDO: De espacio estás, doña Sol;  
y mis amorosas ansias  
más presurosas caminan.

SOL: No sé si hallarán posada.

LISUARDO: Lleva mi amor privilegio.

SOL: Nunca recibe esta casa  
huéspedes de esa manera,  
porque tiene salvaguarda  
del honor y del valor.  
Tu ciego amor desengaña,  
que no ha de pasar apenas  
los umbrales. Conde, aparta;

que el bordón de una romera  
con obligaciones tantas,  
basta y sobra contra todas  
las viles armas villanas  
de un descortés caballero.  
Haz lo que yo hiciere, Urraca,  
o mataréte también.

URRACA: Haz cuenta qué te acompaña  
una amazona.

RELOJ: Urraquilla,  
aceituna sevillana,  
si a Reloj no hay *rindibú*  
te he de hacer a cuchilladas.

URRACA: De montante he de jugar;  
lacayo: guardad la cara,  
que he de echaros las narices  
dos leguas de las quijadas.

LISUARDO: Sol, aunque más rayos echas,  
tu defensa ha de ser vana,  
que eres Sol, y al paso mismo  
que te defiendes, abrasas.

SOL: Por eso, villano conde,  
te sabré quemar las alas.

LISUARDO: Ríndete, Sol, a mi amor;  
pues al amor veces tantas  
se ha rendido el sol del cielo.

*Éntranse acuchillando a doña SOL, y  
dicen dentro*

SOL: ¡Ay, que me has muerto!

LISUARDO: ¡Mal haya  
mi espada y mi ingratitud!  
Tened, tened las espadas.

LAURO: Sobre la hierba ha caído,  
volviendo en coral la grama.

LISUARDO: Perderé también la vida  
si a Sol la vida le falta.

*Salen la infanta LINDA y BLANCA*

BLANCA: ¿Cartas del Conde, señora?

LINDA: Sí, Blanca, del conde son,  
cuyas letras con razón  
el alma besa y adora.

BLANCA: Desde el camino te escribe;  
finezas de desposado  
y galán enamorado.

LINDA: Con estos socorros vive  
mi esperanza y mi deseo;  
que no tiene la paciencia,  
contra el rigor de la ausencia,  
otras armas.

BLANCA: No te veo  
alegre como solías.  
Todo te cansa y da guerra.

LINDA: Con el conde a Inglaterra  
se fueron mis alegrías.  
Como no has llegado a amar.  
no has sabido qué es tener  
tristeza, llorar, temer,  
esperar, desconfiar;  
y mucho más que da el dueño  
de esta ausencia, en cuya calma  
toda es recelos el alma,  
todo es temores el sueño.  
¡Ay, Blanca, qué confusiones  
quien quiere ausente padece;  
y qué de miedo se ofrece  
a las imaginaciones  
cuando discurre quien ama  
de veras! ¡Ay, Blanca mía!  
Ven acá. ¿El conde podría,  
acaso con otra dama,  
darme en el camino celos,  
y en Inglaterra, donde  
las hay tan bellas?

BLANCA: El conde

tendrá los mismos desvelos  
acerca de tu memoria,  
o de tu olvido también,  
pues te quiere el conde bien.

LINDA: Blanca, del amor la gloria  
mientras la presencia falta,  
tiene suspensiones todas.

BLANCA: Presto tus dichosas bodas  
el temor que sobresalta  
tu pecho sosegarán.

LINDA: Entretanto temo, espero,  
desconfío, vivo y muero,  
que es, Blanca, el conde galán,  
y miro en él infinitas  
partes para deseadas.

BLANCA: A las tuyas obligadas,  
¿qué temores solicitas?

LINDA: Verdad es; mas puede ser,  
ya que la mano le di,  
que las mire el conde en mí  
como de propia mujer.

BLANCA: Tiene esta regla excepción  
en quien son como tu eres,  
que, aunque son propias mujeres,  
deidades humanas son.

Al conde le tengo yo  
lástima, que irá perdido,  
sin consuelo, sin sentido,  
pues el bien que mereció  
por dicha, se le dilata  
con tanto rigor la ausencia,  
valiéndose la paciencia  
de una esperanza que mata  
cuando comenzó el deseo  
de la misma posesión;  
que una infanta de León  
no es tan ordinario empleo,  
que la privación de aquello  
que ha de volver agozar  
no le mate hasta llegar

a gozarlo y poseello;  
y después de poseído  
y gozado, nunca el bien,  
que es tan soberano en quien  
está pasando, es creído;  
que pasa cuando se alcanza  
con la misma posesión  
el término a la razón,  
el límite a la esperanza.

LINDA:            ¡Qué bien que sabes hablar,  
sin tener, Blanca, experiencia  
en tan peligrosa ausencia!

BLANCA:        Todo se viene a alcanzar  
con el humano discurso.

LINDA:        Escuchar cantar quisiera,  
porque quien amando espera  
nunca tiene otro discurso.  
                  ¿Has traído el instrumento  
contigo?

BLANCA:            Señora, sí;  
el instrumento está aquí;  
toma, señora, un asiento,  
y temple con más prudencia  
tu grave melancolía.

LINDA:        Cántame, por vida mía,  
algunas cosas de ausencia.

### *Canta*

BLANCA:            "*Madre, aquella niña  
de los ojos lindos,  
matadores de hombres  
sin ser basiliscos.  
De su dueño ausente,  
sus ojos son ríos,  
su música endechas,  
sus bailes suspiros.  
Suspensa parece  
que la han dado hechizos,*

*sospechas de celos,  
temores y olvidos."*

LINDA: Blanca, no prosigas más,  
que parece que cantando,  
con los temores, hablando  
de mis recelos estás  
y, si como son recelos  
que se dan tanto a temer,  
llegasen acaso a ser,  
Blanca, averiguados celos.  
Pienso que el seso perdiera;  
poco es al seso, la vida.  
Tanto esa causa homicida  
de tantos gustos hiciera  
en mi pecho enamorado;  
y así, desde hoy, no te asombres,  
ni me lo cantes, ni nombres,  
basta que me den cuidado.

BLANCA: Siempre te he de obedecer.

LINDA: ¿Quién viene?

BLANCA: Su alteza.

*Sale el rey ORDOÑO*

ORDOÑO: Hermana,  
¿tan á solas? La quartana  
de la ausencia debe ser.  
¿Cómo se halla vuestra alteza  
de su gran melancolía?

LINDA: Con Blanca me entretenía  
cantando.

ORDOÑO: Tan gran tristeza,  
sólo puede suspender  
la voz de Blanca.

LINDA: Confieso  
que debo infinito en eso  
a Blanca.

BLANCA: Si encarecer

lo que servirte deseo  
con eso intentas ahora,  
toda la merced, señora,  
que me estás haciendo creo.

ORDOÑO: Siempre la música ha sido,  
en el amoroso asedio,  
diversión, si no remedio,  
porque es calma del sentido,  
que ésta es la razón de haber  
fingido que suspendió  
al infierno cuando entró  
Orfeo por su mujer.

Para encarecer así  
la fuerza de la armonía  
un filosofo decía  
que era deidad de por sí.

Que en nuestro mundo inferior  
tienen partes soberanas  
y son deidades humanas  
amor, música y olor.

LINDA: Si añadiera la poesía  
vuestra alteza, de otros cuatro  
elementos al teatro  
humano adornar podía;  
que a la tierra, al agua, al viento  
y al fuego, los cuatro son  
de tan igual proporción  
como cualquier elemento.

Primeramente la tierra  
imita a la poesía  
en la variedad que cría,  
en la hermosura que encierra.

La música al agua imita  
que va con músico estruendo  
dulce consonancia haciendo  
cuando al mar se precipita.

Al aire toca el olor,  
y la cuarta y la postrera  
del cielo, cercana esfera  
que es del fuego, es el amor,

en cuya ardiente pasión,  
para vengar los desvelos  
de los humanos, los celos  
fieras salamandras son;  
que agua, fuego, tierra y viento  
tanto inficionando aquejan  
con su aliento que no dejan  
privilegiado elemento.

ORDOÑO: Mal encubre la experiencia  
que es esta su enfermedad.

LINDA: Diciendo estoy la verdad  
en el potro de la ausencia,  
que aunque a voces la confieso,  
después que sin él me vi,  
ya me trae fuera de mí  
como es dolencia del seso;  
aunque a veces me confía  
el mismo amor y valor  
del conde.

ORDOÑO: Siempre el temor  
ser de amor sombra porfia;  
pero para que no salga  
con la suya, es menester  
la imaginación vencer,  
y que del tiempo se valga  
divirtiendo el pensamiento  
el discursivo rigor.

*Sale ORTUÑO*

ORTUÑO: Aquí está el embajador  
de Castilla, con intento  
de hablarte, porque ha venido  
a la audiencia que le has dado  
para este día.

ORDOÑO: Cansado  
este embajador ha sido,  
tantos desengaños viendo  
y tanta esquivéz mostrando,

en irle así dilatando  
lugar de escucharle.

ORTUÑO: Entiendo  
que con la resolución  
hoy volverse determina  
a Castilla.

LINDA: ¡Peregrina  
castellana obstinación!

ORDOÑO: Aquí quiero darle audiencia,  
porque con más brevedad,  
viendo de tu voluntad  
y la mía la experiencia,  
se canse y se desengañe  
y dé la vuelta a Castilla.  
Entre, y llegadle una silla.

*Vase ORTUÑO*

LINDA: Hoy para que te acompañe  
en esta audiencia me obliga  
sólo tu gusto, que estoy  
obligada al que te doy;  
porque de ver que prosiga  
este embajador grosero  
con tan cansada embajada,  
me tiene, Ordoño, cansada.

ORDOÑO: Que hoy quedes con gusto espero.

*Sale el conde GARCI Fernández*

GARCI: A vuestras altezas beso  
los pies.

ORDOÑO: Guárdeos Dios; tomad  
asiento y después hablad.

GARCI: Porque sé lo que intereso  
en el servicio del conde  
de Castilla, mi señor,  
solícito embajador

parezco.

ORDOÑO: Cuando responde  
de su embajada al intento  
el mismo suceso, está  
respondido el conde ya.

GARCI: Sólo de este casamiento  
que forme quejas ahora  
me manda el conde; pues viendo  
la ventaja que está haciendo  
a un vasallo, la señora  
infanta niegas a un conde  
de Castilla.

ORDOÑO: Embajador,  
al mérito del valor  
igual merced corresponde.  
Y como yo me he preciado  
de justiciero en León,  
con esta satisfacción  
los servicios he pagado  
de un vasallo tan valiente,  
demás de que su apellido  
dos veces ha merecido  
ser heroico descendiente  
de nuestra casa real.  
Esto al conde responded,  
y que tengo por merced  
el deseo.

LINDA: En caso igual,  
también puede ser porfía.

GARCI: Con ese nombre se infaman  
las finezas de los que aman  
con poca dicha.

LINDA: La mía,  
tan grande ha venido a ser,  
que con las demás estoy  
grosera.

GARCI: Corriendo voy  
por los celos, hasta ver  
mil veces mi desengaño;  
y cada vez que le veo

nace de nuevo el deseo  
y pasa adelante el daño.

*Dentro*

SOL: Dejarme entrar, no me impida  
de todo el mundo el rigor,  
que me va en ello el honor,  
que es mucho más que la vida.

ORDOÑO: ¿Qué es eso?

*Sale ORTUÑO*

ORTUÑO: Una peregrina,  
y peregrina mujer  
que contra todo el poder  
de nosotros determina  
entrarse furiosa a hablar.

ORDOÑO: Pues llega tan rigurosa,  
con razón viene quejosa,  
sin duda. Dejadla entrar.

ORTUÑO: Tanto valor ha mostrado,  
que ella se ha entrado primero.

ORDOÑO: Escuchar sus quejas quiero,  
pues hoy estoy obligado,  
como rey, por justa ley,  
a no esconder las orejas  
a la justicia y las quejas,  
o he de dejar de ser rey.

*Sale doña SOL con el cabello  
suelto*

SOL: Escúchame atentamente,  
rey Ordoño de León,  
a quien llama el justiciero  
el hemisferio español,

si es que te precias de serlo,  
o para mí faltan hoy  
todas las cosas que pueden  
ser, Ordoño, en mi favor,  
y alcanzará la Fortuna  
el imposible mayor  
si a quien eres faltas tú,  
porque sobre al mundo yo.  
Yo soy, aunque no quisiera  
después que sin honra estoy,  
de don Manríque de Lara,  
su heredera doña Sol.  
Imagino que esto basta  
para decirte quién soy;  
que don Manrique en Castilla  
es el último blasón.  
De visitar desde Burgos  
a pie, en el traje que voy,  
pidiendo limosna, hice  
voto al gallego patrón  
desde una borrasca, adonde  
golfo lanzado corrió  
al mar, de una enfermedad  
la vida leño veloz.  
En cuya fe, como en tabla,  
parece que me sacó  
al puerto de la salud  
esta piadosa intención.  
¡Pluguiera a Dios que primero  
muriera! ¡Pluguiera a Dios,  
Ordoño, que hubiera estado  
el cielo sordo a mi voz!  
Que a veces sirve la vida,  
a quien más la deseó,  
de dar armas a su ofensa  
y a la desdicha ocasión.  
Daba la vuelta a Castilla  
dando al cielo que me dió  
lugar para visitar  
del apóstol español

el sepulcro, inmensas gracias,  
con la autoridad y honor  
de criados, que importaba  
a mi persona, aunque voy  
a pie, y limosna pidiendo,  
con esclavina y bordón,  
cuando, entre el Miño y el Sil  
encontré al ponerse el sol  
del conde don Lisuardo  
un cortesano escuadrón,  
que para tratar tus bodas  
iba por embajador  
a Ingalaterra. Llegamos  
otra compañera y yo,  
doncella mía, a pedirle  
limosna, que ambas a dos  
íbamos del mismo modo  
vestidas, con el valor,  
devoción y honestidad  
que pedía el ser quien soy,  
mi estado, mi pensamiento  
y la peregrinación.  
Pero poco importa todo,  
si este monstruo, este escorpión  
a quien llaman hermosura  
--veneno fuera mejor--  
este basilisco humano,  
esta esfinge que nació  
para vender a su dueño  
de un parto con la traición,  
esta breve tiranía,  
esta lisonjera flor  
de la maravilla, aquesta  
breve mortal ambición  
para romper del respeto  
los privilegios que dió  
la cortesana hidalguía,  
no hubiese dado ocasión.  
¡Mal haya amigo tan falso!  
¡mal haya bien tan traidor,

tan villana tiranía,  
tan costosa adulación!  
El conde, al fin

LINDA: (¡Ay de mí! **Aparte**  
Del aire pendiente estoy.)

SOL: Al fin, el conde, resuelto  
con las alas del furor,  
libre como el apetito,  
y ciegos ambos a dos,  
si mudos para el agravio,  
sordos para la razón,  
sin discursos, sin memoria  
de que hay justicia, trazó  
la más fiera alevosía  
que usó humano corazón;  
que gustos desordenados  
de poderoso ofensor,  
atropellando a su dueño,  
corren a la posesión.  
Al fin, el conde, aquí tiemblo,  
aquí me falta la voz,  
aquí el aliento me falta

LINDA: (Y estoy sin sentido yo.) **Aparte**

SOL: Haciendo pasar delante  
sus criados, eligió  
cinco, que con él vinieron  
a tan infame facción,  
y con desnudas espadas  
al camino nos salió,  
con bandas, como los cinco  
cubierto el rostro traidor.  
Salteadores bien nacidos  
imaginamos que son,  
y con corteses palabras  
llego a reportallos yo;  
cuando, descubriendo el conde  
el aleve rostro, dió  
muestras de su infame intento  
con ciega resolución.  
Yo, con el valor de Lara,

remito altiva al bordón  
la defensa de mi ofensa.  
Pero ¿qué importa el valor  
cuando la desdicha es más,  
cuando el poder es mayor,  
el apetito es campal  
y está ciega la razón?  
Una punta de su espada  
en la frente me alcanzó,  
cuando más mezclada andaba  
la batalla de mi honor.  
Sentí en los ojos la sangre,  
y en el flaco corazón,  
como, al fin, de mujer hizo,  
más que la herida, el temor.  
Ciega de la sangre, en tierra  
el honor conmigo dio,  
que siempre fue mal agüero  
sangriento eclipse en el sol.  
A este tiempo, entre los brazos  
a recibirme llegó,  
con piadosa tiranía,  
con tirana presunción,  
donde, haciendo a los demás  
que se aparten, comenzó  
a regalarme lascivo,  
a enlazarse adulator.  
Si con la boca me limpia  
la sangre, con el dolor  
fingido, lágrimas vierte,  
que de cocodrilo son.  
Yo, sin aliento, sin alma,  
ni oigo, ni siento, ni estoy  
para resistirle, y loco,  
ciego y tirano intentó  
mi desventura, mi infamia,  
mi deshonra.

LINDA: (¡Muerta soy!)

**Aparte**

SOL: Y como en el apetito  
que no es legítimo amor

suele el arrepentimiento  
seguir a la posesión;  
con la misma tiranía  
en el campo me dejó  
llena de sangre y de afrenta,  
tan desdichada, que doy  
quejas al cielo de verme  
con la vida en la ocasión  
que pudiera ser la herida  
penetrante, porque yo  
con la vida juntamente  
matara mi deshonor.  
Pero, quedando con ella,  
vengo a pedirte, señor,  
justicia de aqueste agravio,  
castigo de esta traición.  
¡Justicia, Ordoño; justicia,  
por quien eres, por quien soy,  
que no es bien que falte en ti  
por privanza ni pasión!  
Y cuando falte, a los pies  
me iré del emperador,  
que tiene sobre los reyes  
cesárea jurisdicción.  
Y si él remiso estuviere,  
me iré al papa, y cuando él no  
me quisiese hacer justicia,  
por eso en el cielo hay Dios.  
Demás de que tengo deudos  
en Castilla y en León,  
que sabrán tomar las armas  
en defensa de mi honor.  
Que el conde Garci-Fernández,  
conde en Castilla lo es hoy  
tan mío, que somos hijos  
de dos hermanos los dos,  
y vendrá de mejor gana  
a volver por mi opinión  
con las armas que a pedirte  
el caballo y el azor.

Y cuando por desdichada  
en ninguno halle favor,  
para vengarme yo misma  
y tomar satisfacción,  
piedras pediré a la tierra,  
al mar pediré furor,  
alas al aire, y al fuego  
rayos que arrojando estoy;  
a las víboras veneno,  
a los áspides rigor,  
ojos a los basiliscos,  
al infierno obstinación.  
Y entretanto morderé  
la tierra que esto sufrió,  
como una perra con rabia,  
como una bestia feroz,  
sin osar alzar al cielo  
sino es la imaginación;  
que doña Sol afrentada  
no es justo que mire al sol.

*Arrójaseá los pies del rey ORDOÑO, y  
levántase el conde GARCI Fernández*

ORDOÑO:            ¡Raro suceso!

GARCI:             Hasta aquí,

Ordoño, he representado  
otra persona, llevado  
del celoso frenesí  
de un amoroso cuidado.

De ser deyo embajador  
celoso, amante y galán;  
que cesan las del amor  
cuando de por medio están  
obligaciones de honor.

Garci-Fernández, el conde  
de Castilla soy, a quien  
toca este agravio, por donde  
se ha de restaurar también;

si al conde el abismo esconde,  
que está mi sangre agraviada,  
en doña Sol y conmigo  
por mayor deuda obligada.  
Y así desde luego digo,  
puesta la mano en la espada,  
que don Lisuardo, el conde,  
es cobarde y es traidor,  
y a quien es no corresponde;  
y que esto hará mi valor  
verdad presto aquí y adonde  
me diere el tiempo ocasión.  
Y conforme al valor mío,  
pondré con esta intención  
carteles de desafío  
en Castilla y en León,  
en Francia, en Ingalaterra,  
en Italia, en Alemania;  
sacándole, si se encierra,  
como prodigio de Hircania  
de las venas de la tierra.  
De doña Sol la opinión,  
teniendo deudos tan buenos,  
verá con satisfacción,  
porque por Lara no es menos  
que una infanta de León.

ORDOÑO: Conde de Castilla, a mí  
me toca, como a su rey,  
la satisfacción, y así  
por la justicia y la ley,  
seré lo que siempre fui.

Pues me llama el justiciero  
León, con mi obligación  
cumplir como debo espero,  
cuando fuera de León  
el conde sólo heredero.

Y entretanto a Sol tendré  
de la infanta en compañía,  
y su honor satisfaceré,  
como el de la hermana mía

quede juntamente en pie,  
que, como es público, ha dado  
la mano al conde de esposa,  
que no es pequeño cuidado,  
en que el alma temerosa  
y confusa ha vacilado.

Mas todo lo facilita  
la justicia y la prudencia,  
porque el rey que a Dios imita,  
con humana providencia  
lo que importa solicita.

Este caso pide más  
atención que otro ordinario,  
que pienso que igual jamás  
se ha visto, y es necesario  
ir, conde, con el compás  
de la prudencia midiendo  
la justicia y la ocasión,  
a quien acudir pretendo  
con tanta satisfacción  
como siempre en mí están viendo.

Vos a Castilla os volved,  
conde, hasta tanto que sea  
ocasión, y agora haced  
que esto más secreto sea,  
que es hacer a Sol merced,  
hasta que el conde haya dado  
de Ingalaterra a León  
la vuelta, y perded cuidado,  
que yo tomo su opinión  
por mi cuenta.

GARCI:                    Confiado  
en esa palabra quiero  
a Burgos la vuelta dar,  
adonde tu gusto espero  
obedecer y esperar  
al conde.

ORDOÑO:                Él es caballero  
tan valiente, que la cara,  
cuando sin rey estuviera

y vasallo no se hallara,  
a ninguno no escondiera  
de los Manriques de Lara;  
    pero las armas aquí,  
conde, no han de sentenciar  
lo que me compete a mí.

GARCI:    La justicia, que en lugar  
de Dios resplandece en ti.

*Vanse el rey ORDOÑO y conde GARCI  
Fernández*

BLANCA:    ¡Qué lastimoso suceso  
en tan divina belleza  
y en tal beldad!

LINDA:    Dios te guarde,  
mujer, cualquiera que seas;  
retíradla.

*Vanse BLANCA y doña SOL. Sale RELOJ con  
fieltro y botas*

RELOJ:    De tus bellas  
plantas los chapines beso  
y en los copos de la densa  
nieve de las blancas manos,  
pongo este pliego que espera  
porte como de una infanta  
que pretende ser condesa.

LINDA:    ¿Quién eres?

RELOJ:    ¿No me conoces?  
¿Tan presto se olvidan prendas  
de lo que se quiere bien?  
¿Posible es que no se acuerda  
de Relej, lacayo suyo,  
en tres semanas de ausencia?  
¿El que te habló a la partida  
y al que con tanta terneza

del conde, encargaste entonces  
la brevedad a la vuelta?

El mismo soy; aquí vengo  
en figura de estafeta  
con botas hasta las ingles  
más altas que una cuaresma  
por marzo, y Dios sabe cómo  
traigo las asentaderas,  
que dejo al conde embarcado  
en la Coruña, y con estas  
cartas me despachó, y quiere  
que al desembarcarse vuelva  
a recibilre, señora,  
de tu salud con las nuevas.  
Reloj soy; yo soy Reloj.

LINDA: Relox: en mal hora vengas.

RELOJ: Por cierto buenas albricias  
para quién viene por ellas  
de posta en posta, sin tripas  
más de cuarenta y seis leguas.  
¡Mal haya el hombre que fía  
después que una vez se ausenta,  
en infantas ni en rocines!

LINDA: ¡Hola! Colgad de una almena  
a este villano.

RELOJ: ¿Qué dices?  
¿Hablas de burlas ó veras?

LINDA: Presto lo verás, infame  
cómplice de mis ofensas,  
que en las cartas de ese ingrato  
me traes víboras por letras.

RELOJ: ¡Yo he llegado a muy buen tiempo  
para todas mis quimeras!  
¡A linda ocasión, por Dios!  
Cuando pensé que me hicieran  
conde en aquesta ocasión  
por albricias de estas nuevas  
hallo tantas novedades.

LINDA: ¡Hola!

*Sale el rey ORDOÑO y ORTUÑO*

ORDOÑO:     ¿Qué voces son éstas?  
              ¿qué tiene la infanta?

LINDA:                 Celos,  
              que es la pasión más inquieta  
              que priva del albedrío.

RELOJ:     Yo pienso que está su alteza  
              de aquella cabeza loca.

LINDA:     Antes, villano, estoy cuerda,  
              pues que sé sentir.

ORDOÑO:                 ¿Quién eres?

RELOJ:     Un lacayo sin librea  
              del conde don Lisuardo,  
              mi señor, que es la primera  
              vez que se ha visto en su vida  
              con botas y con espuelas,  
              que dejándole embarcado  
              en la Coruña, desea  
              dar a su alteza este pliego  
              y volver con la respuesta  
              al desembarcarse el conde;  
              que hallé estas puertas abiertas  
              y me metió el alborozo  
              hasta las pies de su alteza,  
              y cuando pensé salir  
              con un juro para en cuenta  
              de un título de vizconde,  
              me manda colgar.

LINDA:                 En esa  
              relación de tu camino,  
              ¿cómo olvidas la romera  
              de Santiago?

RELOJ:                 Pues yo,  
              ¿qué culpa tuve, o qué pena  
              merezco, si a mí y a Lauro,  
              a Ramiro y a Fruela  
              nos mandó volver con él;

que nosotros en la empresa  
servimos de tenedor  
y él trinchó el ave?

ORDOÑO: Confiesa  
sin tormento la verdad,  
y la información comienza  
bien por esta confesión.  
Escribe, Ortún, de tu letra  
los nombres de estos criados  
del conde, y a éste le metan  
donde ninguno entretanto  
ni verle ni hablarle pueda;  
y esté todo con silencio  
esto en Palacio.

RELOJ: (¡Que venga **Aparte**  
a sólo esto un desdichado  
por la posta tantas leguas  
sobre navajas, en silla,  
sobre tarascas gallegas!

ORDOÑO: Llevadle.

LINDA: Guárdete el cielo  
por el socorro que intentas  
dar, Ordoño, a mis agravios.

ORDOÑO: El pecho, Linda, sosiega,  
que ha de ser tu esposo el conde  
aunque se ponga la tierra  
de por medio, y de tus celos  
las ciegas ansias desecha,  
porque con el escarmiento  
de la suma de la pena  
culpas de la mocedad  
fácilmente se descuentan.

(Esta lisonja a la vida **Aparte**  
y al sexo de Linda es fuerza  
hacer con arte.)

LINDA: No mires,  
Ordoño, pues que deseas  
ser católico Trajano,  
ser Numa español; las prendas  
del conde, mi amor, mis celos,

mi vida, mi honor, la misma  
sangre que tienes, que es mía,  
si a la justicia que enseñan  
las leyes de tus pasados  
has de faltar; pues sin ella  
falta el poder al poder,  
el decoro a la vergüenza,  
el miedo a la majestad,  
el amor a la obediencia.  
Desnuda, Ordoño, el estoque  
de la justicia, no pierdas  
el nombre hasta aquí ganado.  
Muera el Conde, aunque yo muera.  
Ni la pasión te acobarde,  
ni la sangre te detenga;  
que eso es política, en fin,  
y en los reyes que gobiernan  
más importa la justicia  
y para la paz la guerra.  
Esto, Ordoño, contra sí  
una loca te aconseja,  
que de llorar, solamente  
morir le queda de cuerda;  
aunque es grande la desdicha  
que la muerte le consuela.

*Vase*

ORDOÑO:       ¡Notable suceso ha sido!  
                  Síguela, Blanca.

BLANCA:               ¡Qué fiera  
                  pasión!

ORDOÑO:            Camina, lacayo.

RELOJ:        ¡Oh, mal haya la romera,  
                  que siendo ella la gozada  
                  padece Reloj la fuerza!

**FIN DE LA SEGUNDA JORNADA**

## JORNADA TERCERA

*Salen doña BLANCA y ORDOÑO*

ORDOÑO:            ¡Blanca!

BLANCA:            ¡Señor!

ORDOÑO:            ¿Cómo está  
                          la infanta?

BLANCA:            Tanto mejor,  
                          cuanto el agravio al dolor  
                          dando desengaños va;  
                          porque ella la misma ha sido  
                          en tan ciego pensamiento  
                          causa de su sentimiento,  
                          es de volverla el sentido;  
                          que estando la ofensa en medio  
                          en una honrada mujer,  
                          una propia viene a ser  
                          la enfermedad y el remedio.

ORDOÑO:            Bien dices, que en el amor  
                          lo que el tiempo no ha podido,  
                          agravios con el olvido  
                          curan de celos mejor.

                          Hoy llega el conde, en efeto.

BLANCA:            Que temo de la presencia  
                          nueva celosa dolencia;  
                          y como amor, es efeto,  
                          de los ojos con los ojos  
                          se aumentan, justos o injustos,  
                          los agravios y los gustos  
                          las glorias y los enojos.

ORDOÑO:            Bien ha menester más vidas,  
                          sobre su rigor mirando,  
                          a quien están esperando

dos mujeres ofendidas.

El cielo me inspire el modo  
de suerte que, por codicia,  
ni pasión, a la justicia,  
no falte, que es faltar todo  
el bien de un reino sin vella.

BLANCA: Quien en tan floridos años  
con tan altos desengaños  
ha merecido por ella  
el nombre que le da España,  
demás del mucho valor  
de sus aciertos, señor,  
la experiencia desengaña.

ORDOÑO: Siempre he de ser el que fui.

BLANCA: Su alteza viene, señor.

*Sale la infanta LINDA*

ORDOÑO: La causa de su dolor  
me tiene, Blanca, sin mí,  
cuando la pena la tiene  
con sentimiento tan grande.  
Hermana.

LINDA: Ya a que la mande  
vuestra alteza, Linda viene.

ORDOÑO: Favores son que me hacéis.  
¿Cómo estáis?

LINDA: Mucho mejor;  
porque descuento el amor  
en los agravios que veis.

ORDOÑO: ¿Qué ha sido la novedad  
de la gala?

LINDA: Venir hoy  
el conde y ser yo quien soy,  
y ya que a la voluntad  
no le debo esta alegría,  
a la obligación responde  
de la venida del conde  
por precisa deuda mía;

pues hasta agora no puedo  
negar que el conde es mi esposo,  
y entretanto esto es forzoso.

ORDOÑO: Admirado, Linda, quedo  
de tu raro entendimiento.

LINDA: ¡Pluguiera al cielo que fuera  
menos, porque no supiera  
tener tanto sentimiento!

*Sale ORTUÑO*

ORDOÑO: ¿Qué hay de nuevo, Ortún?

ORTUÑO: Señor,  
nuevas de que llegará  
muy presto el conde, que ya  
para prevenir mejor  
su entrada, en la sala adonde  
le has de dar pública audiencia,  
con peregrina advertencia  
que a tu ingenio corresponde.  
Del conde un criado está  
una cortina poniendo  
debajo la cual entiendo  
que con propósito va  
de poner de Margarita  
el retrato hermoso y grave,  
porque en el punto que acabe  
la relación, solicita  
enseñártele con toda  
aquesta veneración,  
como a reina de León.  
Al fin tu dichosa boda  
llegue, señor, para bien  
de tus reinos.

ORDOÑO: Dios te guarde,  
Ortún.

LINDA: Aunque llegan tarde  
mis albricias para quien  
tan buenas nuevas ha dado,

en todo son de estimar.

ORDOÑO: ¡Qué valor quiere mostrar!

LINDA: Toma, y llámame al criado,  
por que también se las dé.

*Le da una sortija*

ORTUÑO: ¡Vivas más años que el sol,  
milagro hermoso español!

ORDOÑO: Ortún, escucha.

*Hablan aparte*

BLANCA: No sé  
si a tan bizarro valor  
ninguno se ha de igualar.

ORDOÑO: Esto se ha de hacer sin dar  
sospechas de mi rigor,  
que es importante el secreto,  
como también el cuidado.  
Advierte, Ortún, si el criado  
está en la lista.

ORTUÑO: A este efeto  
te entré a hablar; en ella está.

ORDOÑO: Pues hazle prender.

ORTUÑO: Yo voy.

LINDA: Hoy nombre a tu nombre doy  
con el que valor me da  
pues que te ayudo con él  
a la justicia. Ésa es sola.

ORDOÑO: ¡Fénix divina española;  
el oro, el bronce, el laurel  
digno es de escribir tu nombre  
solamente!

LINDA: Y del divino  
tuyo solamente dino  
porque la tierra se asombre.

*Sale LAURO de camino*

LAURO: De vuestra alteza, señor,  
.....  
.....  
..... [-or]  
beso los pies, y los vuestros,  
señora, pido, también,  
añadiendo el parabién  
de los que lo han de ser nuestros,  
pues llega tan presto el conde  
a gozar el bien que aguarda.

LINDA: Siempre para el alma tarda.

LAURO: Justamente corresponde,  
señora, tan gran fineza  
a la fe, al notable amor  
con que el conde, mi señor,  
idolatra a vuestra alteza;  
aunque ha estado con cuidado  
de haber visto, y con razón,  
que a su desembarcación  
las cartas le hayan faltado.

LINDA: Falta de salud ha sido.  
Toma, aunque merecen más,  
estas nuevas que me das.

*Dale una sortija*

LAURO: Guarde, a pesar del olvido  
el tiempo, tus verdes años.

LINDA: Inmortal debo de ser,  
pues no han tenido poder  
en mí algunos desengaños  
para matarme.

LAURO: (Recelo **Aparte**  
que habla Linda sospechosa.)

LINDA: Margarita, ¿es muy hermosa?

LAURO: Las dos sois soles del suelo.

Su beldad es peregrina;  
en la copia podéis ver  
que yo he venido a poner  
debajo de una cortina,  
en la sala en que su alteza  
al conde audiencia ha de dar,  
cuando le llegue a besar  
la mano.

LINDA: Tanta belleza  
merece este aplauso todo.

ORTUÑO: El conde ha llegado ya  
a palacio.

### *A LAURO*

ORDOÑO: Ven acá.  
¿Cómo te llamas?

LINDA: (De modo **Aparte**  
la nueva me ha alborotado,  
que estoy sin mí de alegría;  
tanto en la fe pueden mía  
las reliquias que han quedado.)

ORTUÑO: Lauro es el último aquí  
de la lista.

ORDOÑO: Ellos vinieron  
como más menester fueron.  
Prended a Lauro.

LAURO: ¡Ay de mí!

ORDOÑO: Delitos del conde son  
en que eres cómplice.

LAURO: ¡Ah, cielo!  
No fue vano mi recelo.  
Señora...

LINDA: En esta ocasión  
no te he de poder valer.  
Llévadle preso.

LAURO: (Sin duda **Aparte**  
que contra el conde se muda  
de la Fortuna el poder.)

*Llévanle*

ORTUÑO: Pienso que el conde está aquí.

ORDOÑO: Sillas; y despeje, Ortún,  
toda la gente común  
que hubiere, y al conde di  
adonde está la cortina.

ORTUÑO. A advertirle al conde voy.

LINDA: (¡Con qué sobresalto estoy!)

**Aparte**

BLANCA: (Tiene fuerza peregrina  
Amor, aunque esté ofendido.)

**Aparte**

*Sale el conde LISUARDO*

LISUARDO: Dadme a besar vuestros pies.

LINDA: (¡Ay, alma! ¿Qué es lo que ves?)

**Aparte**

ORDOÑO: Seáis, conde, bien venido.  
¿Cómo venís? Levantad.

LISUARDO: Deseando, por los vientos,  
llegar con los pensamientos  
a los de la voluntad.

*La infanta LINDA habla aparte a BLANCA*

LINDA: ¡Ay, Blanca! Viendo presente  
al conde, con el rigor  
de la ofensa y del amor  
tiemblo y ardo juntamente.

Mirándole estoy mortal.

¿Posible es que es éste a quien  
yo llegué a querer tan bien  
y me ha pagado tan mal?

BLANCA: Señora, en esta ocasión  
más valor has de tener.

LINDA: Forzoso, Blanca, ha de ser.

LISUARDO: Escuchad la relación.

Luego que con tú estandarte  
los cuatro marinos montes,  
que al mar les diese obligaron  
campo de cristal salobre,  
prósperamente a tu fama,  
lisonjero al viento entonces  
de la Coruña a Piemúa  
en breve tiempo nos pone.  
Apenas sobre la espuma  
nos descubrieron las torres,  
cuando intentaron juntar  
dos elementos conformes;  
porque los alegres fuegos  
fueron tan grandes, que sobre  
el agua su ardiente esfera  
paces juró aquella noche.  
Aquí pasé algunos días  
de Enrique esperando el orden,  
con la cual, desde este puerto,  
partí a la corte de Londres.  
Honró mi recibimiento,  
dando grandeza a la corte,  
su príncipe Fedüardo  
con los ingleses conformes.  
Vine a apearme a palacio  
con todo este aplauso, adonde  
los reyes nos esperaban  
en los mismos corredores.  
Llegué a besarles las manos,  
y al mismo tiempo se opone  
a escurecer Margarita  
los reales esplendores.  
Besé su mano, y hallé  
más cristal que vale el orbe;  
y entre rayos de oro y nácar  
prodigios de nieve y flores.  
Levantóme con los brazos  
de la tierra, y preguntóme  
por tu salud, juntamente

con la de Linda, que gocen  
largos años estos reinos,  
y a los reyes que nos oyen,  
y que me esperaban, vuelvo  
y tus cartas doy entonces.  
Leyéronlas, y contentos,  
con un sarao me responden  
dónde la beldad inglesa  
dió hermosas adoraciones.  
Apositáronme dentro  
de palacio, haciendo pobres  
las grandezas de Alejandro  
con varias ostentaciones.  
Y después de algunos días  
que conferimos la dote,  
se firmaron los conciertos  
de las capitulaciones,  
y, remitiendo a las cartas  
lo demás, partí de Londres  
para embarcarme a Plemúa,  
que estaba dándome voces.  
el deseo de llegar  
a ver a Linda, que logren  
mis esperanzas ausentes  
el fruto de sus amores.  
Y para hacerte lisonja,  
a la partida el rey dióme  
de Margarita un retrato  
a su estatura conforme.  
Debajo de esta cortina  
que te descubro se esconde;  
su gentileza te admire  
y su hermosura te asombre.

*Corre la cortina, y está debajo doña  
SOL, de peregrina*

ORDOÑO:       ¿Es ése, conde, el retrato?

LISUARDO:     (¿Qué es esto, cielos?)

**Aparte**



LISUARDO: Señora, esposa, mi bien,  
si de vos no se socorre  
mi esperanza, estoy perdido.  
Hablad al rey, no se enoje  
sin escucharme.

LINDA: No sé  
quién eres, que vienes, conde,  
tan diferente, que aun tú  
pienso, que no te conoces.  
El rey ha de hacer justicia,  
que son sus obligaciones;  
remédiate el cielo.

*Vase la infanta LINDA*

LISUARDO: Blanca,  
sigue a la infanta; y pues oye  
lo que la dices tan bien,  
con palabras, con razones  
encarecidas disculpa  
sus celos, no la apasionen  
tan a su costa, pues sabe  
que son de la edad errores,  
y con halagos al rey,  
como puede, desenoje,  
porque le temo indignado;  
así dulcemente logres  
tus esperanzas, así  
tengas...

BLANCA: No me atrevo, conde,  
a hablar en ello a la infanta,  
ni ella al rey, porque conoce  
la condición de su hermano.  
Busca otros medios que importen.

*Vase doña BLANCA*

LISUARDO: ¿Hay hombre más desdichado?  
Sol, templad los arreboles  
y serenad los celajes

que vuestros rayos esconden.  
Medie el rey por ti mi culpa,  
no pido que la perdones,  
que yerros de amor no es mucho  
que tu misma luz los dore.  
Yo quiero ser tu marido  
si de mi mano depone  
la acción que tiene la infanta,  
y esclavo tuyo. Disponte  
a hablar al rey, porque falto  
de su gracia, no sé dónde  
tengo segura la vida.  
¿Qué dices? ¿Qué me respondes?

SOL:       Que el rey sabe lo que debe  
hacer en esto, conforme  
al blasón de la justicia  
que mantiene y que dispone.  
y que cuando correr vea  
tu alevosa sangre, adonde  
un verdugo la cabeza  
de tu vil garganta corte,  
no me hartaré de beberla;  
que de la venganza, conde,  
ha de quedar más sedienta  
mi hidrópica sed entonces.

*Quiere irse y la detiene*

LISUARDO:   Espera, Sol, no te ausentes  
de mí, que no soy la noche  
de Noruega, aunque estoy puesto  
de tus desdenes al norte.

SOL:       ¡Ah, sirena, no me encantes!  
¡Aspid libio, no me toques!  
¡Basilisco, no me mires!  
¡Cocodrilo, no me llores!

*Vase*

LISUARDO: Echó la Fortuna el sello  
a mi desdicha.

*Salen ORTUÑO y la guarda*

ORTUÑO: Daos, conde,  
a prisión.

LISUARDO: Ortún, ¿qué dices?

ORTUÑO: Que vengo, conde, con orden  
de llevaros preso. Dad  
la espada, y paciencia.

LISUARDO: ¿A un hombre  
como yo, Ortún, se le pide  
la espada? ¿A un hombre que sobre  
la luna y el sol ha puesto  
con tantos hechos su nombre  
y el de su rey, manda el rey  
dar la espada, cuyo corte  
tanto católico acero  
y africano reconoce?  
¡Vive Dios!

ORTUÑO: Conde, estas cosas  
no se negocian con voces.  
Vasallo de Ordoño sois,  
y es de vasallos traidores  
no obedecer a sus reyes  
y a los que los reyes ponen  
en su lugar. A esto vengo,  
representando su nombre.  
Obedecedle, o mirad  
que vienen doscientos hombres  
hijosdalgo y caballeros  
conmigo, con orden, conde,  
de mataros, si intentáis  
defenderos. No provoque  
vuestra cólera la ira,  
en tan fuertes ocasiones,  
del rey y de los que vienen

a vuestra prisión.

LISUARDO:                   Bajóme  
la Fortuna hasta el abismo  
de las desdichas, que corren  
conmigo tormentas. Ortún,  
sobre mi cabeza pone  
mi lealtad la orden del rey;  
toma la espada y no tomes  
ocasión para decir  
que no soy leal.

ORTUÑO:                    Es, conde,  
ésa, la mayor cordura  
y el mayor valor.

LISUARDO:                   Valores  
contra los reyes, no sirven  
de más que de agravios. ¿Dónde,  
si es licito el preguntarlo,  
Ortún, voy preso?

ORTUÑO:                    A las torres  
de palacio.

LISUARDO:                   Vamos, pues;  
que no es bien que me congojen  
prisiones, pues las desdichas  
se hicieron para los hombres.

*Vanse. Salen XIMENO y el con GARCI Fernández*

GARCI:                    ¿Y sabe el rey que he llegado?

XIMENO:                   Y llegas, conde, a León,  
a tan famosa ocasión,  
que hoy dicen que acompañado  
de sus jueces, adonde  
está su real consejo,  
siendo de otro Numa espejo  
asiste al pleito del conde.

GARCI:                    El nombre de justiciero  
le conviene conservar  
si quiere Ordoño reinar;  
si no, el castellano acero

verá en su vega desnudo,  
y el Ezla argentar las manos  
de los fuertes castellanos.

XIMENO: De su prudencia no dudo  
que sabrá Ordoño acudir  
a darte satisfacción.

GARCI: O será Troya León;  
que no se ha de persuadir  
el conde don Lisuado,  
que menos que con la vida  
satisface la ofendida  
sangre de Lara.

XIMENO: Gallardo  
dicen que es el conde.

GARCI: Sí,  
y valiente caballero,  
que, aunque enemigo, a su acero  
no niego el valor que vi  
cuando cercando a León  
sobre el feudo de Castilla  
la castellana cuchilla  
temió el sol.

XIMENO: Tienes razón;  
que igualó a Marte ese día.

GARCI: Pero con esto ha borrado  
cuanta opinión ha ganado;  
que es vileza y cobardía  
que contradice al valor  
ofender a una mujer,  
y más tan noble.

XIMENO: Al poder,  
a la fuerza del Amor,  
no hay valor, razón ni ley,  
porque su furia amenaza  
hasta lo invencible.

*Dentro*

VOCES: ¡Plaza!

GARCI: Debe de salir el rey.

*Salen el rey ORDOÑO con memoriales,  
ORTUÑO y acompañamiento*

ORTUÑO: Todo el consejo te espera,  
y no ha quedado en León  
letrado en esta ocasión  
a quien la fama venera  
que no asista en los estrados  
en la defensa y ofensa  
del conde.

ORDOÑO: Poca defensa,  
casos tan averiguados  
pueden tener.

ORTUÑO: Aquí está  
Garci-Fernández, el conde  
de Castilla.

ORDOÑO: Y corresponde  
al valor que tiene.

GARCI: Y ya  
a besar tus manos llega.

ORDOÑO: Y yo con los brazos, primo,  
tantas mercedes estimo;  
que cuando más en la vega  
de León armado os vi,  
jamás, el cielo es testigo,  
que de pariente y amigo  
la inclinación os perdí.

GARCI: La misma, Ordoño valiente,  
debe al conde de Castilla  
vuestra alteza.

ORDOÑO: La cuchilla  
desnuda y resplandeciente  
de mi justicia real  
verán hoy, como primero,  
ayudando a Sol, y espero  
hacer mi nombre inmortal.

GARCI: La fama, Ordoño, que en esta

edad habéis alcanzado,  
en caso tan intrincado  
nos promete y manifiesta  
que ha de tener el suceso,  
que a todos nos esté bien.

ORDOÑO: Hoy quiero, conde, también,  
que a ver del conde el proceso  
asistáis junto conmigo.

GARCI: Sois de la justicia espejo.

ORDOÑO: Venid, que me está el consejo  
esperando, conde amigo.

*Vanse. Sale el conde don LISUARDO con  
cadena*

LISUARDO: Desdichas, ¿qué me queréis?  
¿Qué pretendéis de mí, agravios?  
No me persigáis, memorias;  
dejadme morir, cuidados.  
¿Qué infierno es este que miro  
adonde ya, por extraño  
y forastero del mundo,  
los rayos del sol no alcanzo,  
si no son los de las iras  
de otro Sol menos avaro,  
en correr los paralelos  
de las fortunas que paso?  
Mas, en parte--¡oh Sol hermoso!--  
muero contento, pensando  
que gozando a Sol, di al sol  
celos y envidia a sus rayos.  
Y si tu desdén supiera  
cuánto más me ha enamorado  
la posesión, podría ser  
que te obligara el milagro.

*Tocan dentro una guitarra*

Si no me engaño, imagino  
que un instrumento han tocado;  
músicos deben de ser  
del terrero de Palacio,  
que, al silencio de la noche,  
fía sus ansias cantando  
algún amante. A tocar vuelven,  
¡qué ocioso cuidado!

### *Cantan dentro*

VOCES:            "Preso tienen al buen conde,  
al conde don Lisuardo,  
porque forzó una romera  
camino de Santiago.  
La romera es de linaje;  
ante el rey se ha querellado,  
mándale prender el rey  
sin escuchar su descargo."

LISUARDO:        ¿Tan públicamente cantan  
mi desdicha? ¡Extraño caso!  
Quiero escuchar, que imagino  
que prosiguen con el canto.

### *Cantan*

VOCES:            "La prisión que le da el rey  
son las torres de palacio,  
que compiten con el cielo  
y confinan con sus cuartos.  
Las guardas que el conde tiene  
todos eran hijosdalgo;  
treinta le guardan de día  
y de noche treinta y cuatro.  
Ya levantan para el conde  
en la plaza su cadahalso,  
y para los delincuentes

*hay dos horcas a los lados."*

*Asómase RELOJ a lo más alto, preso con  
un tocada en cuerpo*

RELOJ: Cante otra vez, ruego a Dios,  
en galeras el bellaco  
que la historia gargantea  
del conde don Lisuardo,  
por lo que me toca a mí,  
que soy su menor criado,  
por las nuevas de las horcas  
y albricias de cadahalso.  
¡Quién pudiera desde aquí,  
músico de los diablos,  
tirarte una almena!

LISUARDO: ¡Ah, cielos!

RELOJ: Aquí abajo se han quejado.  
¿Si fue del conde el suspiro,  
que, según lo que han cantado,  
debe de estar preso aquí?  
Quiero saberlo. ¿Ah de abajo?

LISUARDO: Pienso que de las almenas  
de este homenaje llamaron.

RELOJ: ¿Conde, mi señor?

LISUARDO: ¿Quién es?

RELOJ: ¿Quién en este campanario  
puede estar, que no sea tordo  
o reloj?

LISUARDO: Reloj, hermano.  
¿Ahí estás preso?

RELOJ: Señor,  
dos meses ha que aquí paso,  
con arañas y ratones  
notables casos y es harto  
tener narices y orejas  
a las horas que te hablo.  
¿Qué hay del mundo por allá?  
Que hasta agora que he escuchado

tu suceso infausto y triste  
cantar a este mentecato  
músico de Bercebú,  
que otra vez cante a Pilatos,  
no supe que estabas preso  
en las torres de Palacio.

LISUARDO: Apenas a ver el cielo  
a esta plaza de armas salgo  
esta noche, cuando escucho  
también de mi muerte el cuándo.

RELOJ: También me ha cabido  
a mí un poco de horca; no vamos  
muy lejos uno de otro;  
pero yo estoy consolado  
con que, en efecto, con esta  
postrera carta de pago  
han acabado conmigo  
alguaciles y escribanos.  
Que salir del susodicho,  
no será el menor descanso  
que puede alcanzar con Dios  
un delincuente lacayo.  
Que me he visto en las parrillas  
de un potro, pasando el trago  
más agrio que pasar puede  
un cómplice sagitario;  
que, a no valerme la lengua,  
hoy era, por mis pecados,  
cecina de la justicia.

LISUARDO: ¿Cómo?

RELOJ: Confesé de plano.

LISUARDO: No esperé menos de ti.

RELOJ: Ni yo.

LISUARDO: En efeto, villano.

RELOJ: Luego vi, en siendo Reloj,  
que habían de hacerme cuartos,  
aunque me importa primero,  
no estando desde tan alto,  
si es posible hacer contigo  
de mi conciencia un descargo.

LISUARDO: Pues descuélgate si puedes  
a esta plaza de armas.

RELOJ: Tanto  
lo deseo, que he de hacer  
escala de los pedazos  
de dos mantas, donde he sido  
siete durmiente empanado.

LISUARDO: La traza mejor elige,  
y baja, Reloj.

RELOJ: Ya bajo,  
aunque al turco se lo usurpe.

*Vase*

LISUARDO: Cuanto por mí está pasando  
parece sueño. ¿Si estoy  
despierto, si durmiendo acaso?  
Durmiendo debo de estar,  
aunque yo sé que me engaño,  
porque solamente sueña  
la desdicha un desdichado.

*Sale RELOJ*

RELOJ: Gracias al cielo que llego  
a verte.

LISUARDO: Dame los brazos,  
que estoy alegre de verte,  
puesto que me has condenado.

RELOJ: Confieso, conde, que soy  
para tormentos muy flaco,  
y que jamás en mi vida  
de robusto me hepreciado.  
Pero ya que nací al mundo  
con estrella de ahorcado,  
un escrúpulo en tu amor  
te he de revelar.

LISUARDO: Di.

RELOJ: Cuando



yendo entonces caminando,  
de matarle por poderes?

LISUARDO: No; mas pudiera el agravio  
a León volverme entonces;  
que las señas que me has dado  
de Garci-Fernández son,  
conde de Castilla, bravo  
pretendiente de la infanta,  
que celoso y despechado  
quiso empeñarme con esa  
bizarría.

RELOJ: Es temerario;  
un jayán me pareció.

LISUARDO: Es siempre el miedo muy alto.

RELOJ: Pienso que agora han abierto  
una puerta, y siento pasos.

LISUARDO: Los de mi muerte serán,  
pues que la estoy esperando.  
¿Qué es eso?

*Sale BLANCA con una vela y la infanta LINDA con una llave*

LINDA: Conde, yo soy;  
no os turbéis, que vengo a daros  
la vida por esta puerta  
que he abierto ahora en el cuarto  
del rey mi hermano, con esta  
llave maestra. He intentado  
que me debáis por postrero  
bien el de la vida.

LISUARDO: Tanto  
os debo, que no imagino  
con muchas poder pagaros.

LINDA: Dejando a una parte ahora  
las ceremonias, mi hermano,  
con todo el real consejo,  
a muerte os ha condenado,

que puesto que los jueces  
y todos cuantos letrados  
tiene León, se conforman  
en que pudierais casaros  
con Sol, porque las palabras  
que nos dimos, y las manos  
fueron de tiempo futuro  
y sirvieron de un contrato  
no más, por sólo el decoro  
que se debe al soberano  
nombre de hermana de un rey,  
manda por razón de estado  
que muráis, satisfaciendo  
también con esto al agravio  
de doña Sol; no esperéis  
más, que amanece y los rayos  
del sol pueden ser espías  
del que dejáis agraviado.  
Esa pesada cadena  
recoged entre los brazos  
y caminad, que en el parque  
hallaréis, conde, un caballo  
que, corriendo, con el viento  
compita para escaparos.  
Sueldo os dará el cordobés  
rey o el moro sevillano  
con que paséis, y adiós, conde.

LISUARDO: Dadme a besar esas manos.

LINDA: Conde, esto basta; partíos,  
que la piedad me ha obligado  
de haber llegado a tener  
nombre de vuestra.

LISUARDO: Yo parto  
sin alma a escapar la vida.

LINDA: Hasta salir de palacio  
tendréis quien os guíe, adiós.

LISUARDO: Adiós.

RELOJ: Yo sigo tus pasos  
y azoto las ancas, conde,  
de ese hipógrifo, pues hago

de motilón delincuente  
la figura.

LISUARDO:                   Reloj, vamos.

*Vanse. Salen PELAYO y BERMUDO*

PELAYO:     Tanto al decoro del rey  
          se debe, que declarando  
          que el de la infanta no ha sido  
          matrimonio, han sentenciado  
          a muerte al conde, y levantan  
          en la plaza el cadahalso.

BERMUDO:    No puede haber sucedido  
          jamás tan notable caso.

PELAYO:     Con esto queda también  
          satisfecho el agraviado  
          honor de Sol, la opinión  
          de Ordoño inmortalizando.

BERMUDO:    Espectáculo espantoso  
          ha de ser.

PELAYO:                   ¡Qué alborotado  
          por el caso está León!  
          Y es tan general el llanto  
          de los hombres y mujeres,  
          que en el lamentable aplauso  
          se conoce lo que quieren  
          al conde don Lisuardo.

BERMUDO:    Era de todos bien quisto  
          por valiente y cortesano.

*Cajas*

Pero ¿qué cajas son esas?

PELAYO:     Corriendo va el vulgo vario  
          de la ciudad a los muros.

*Sale FÁVILA*

BERMUDO: FÁVILA: ¿qué es esto?

FÁVILA: Un raro  
suceso.

BERMUDO: ¿Cómo?

FÁVILA: Escuchad.

A notificar entrando,  
a don Lisuardo, el conde,  
la sentencia el secretario,  
alborotado volvió,  
al rey de no haberle hallado  
en la prisión, sin saber  
quién pudo ponerle en salvo.  
Garci Fernández, el conde  
de Castilla, imaginando  
que de la infanta o del rey  
ha sido caso pensado,  
en la vega de León,  
con cuatro mil castellanos  
que trujo para este efecto  
de escolta en abierto campo,  
desafió al rey y a todos  
cuantos en aqueste caso  
han intervenido, deudos  
y amigos del conde, estando  
de sol a sol en la Vega.  
Después de haberle retado  
de cobarde, si no acude  
en aqueste mismo plazo  
a volver por su opinión  
el conde don Lisuardo.  
Pienso que Ordoño, sin duda,  
pues es su igual, saldrá al campo  
con el conde de Castilla,  
porque tiene de bizarro  
y de valeroso Ordoño  
en las ocasiones, tanto,  
como de rey justiciero.

PELAYO: A ver este asombro vamos.

*Toquen. Salen XIMENO, con bastón, y luego el conde GARCI Fernández, armado, y por otra parte ORDOÑO armado y ORTUÑO con bastón. Doña SOL armada, y por otra puerta la infanta LINDA, armada, con la banda verde por el rostro, y doña SOL con otra, y, BLANCA y URRACA con bastones*

ORDOÑO: Conde de Castilla, ya tienes a Ordoño en el campo, que no es la primera vez que en él me ve el sol amado. Bien sabe el cielo que estoy libre de lo que imputando me estás sin razón; mas debo salir, conde, como salgo, a tu desafío, viendo que eres mi igual; aquí estamos. Resuélvete, que en la espada la mano puesta te aguardo.

GARCI: Ordoño, ya ves que estoy en la defensa empeñado de doña Sol, y no puedo volver a Burgos dejando sin satisfacer su honor; y el conde don Lisuardo faltando, es razón que tú me des, Ordoño, en tal caso, por él la satisfacción.

SOL: Y yo también a tu lado, conde, con aquel valor que tengo de Lara, aguardo a la Infanta de León; porque no hay duda que ha dado ella libertad al conde, a costa de mis agravios, y así la reto y la obligo, viéndome armada en el campo, que salga a satisfacerme con las armas en la mano.

BLANCA: Doña Sol, a responderte  
dos damas de su palacio  
por Linda vienen. Espera  
que el rey y el conde hagan campo,  
que luego vernos podrás  
a las dos aquí.

ORDOÑO: ¿Qué estamos  
esperando?

GARCI: Que nos partan  
el campo y el sol.

ORDOÑO: Ya tasco  
espuma y cólera, como  
suele el andaluz caballo,  
cuando escucha la trompeta  
por ver los aceros blancos  
dando reflejos al día,  
y apurándole al sol rayos.

*Sale don LISUARDO armado, y RELOJ con  
bastón*

LISUARDO: Aguarda, Garci-Fernández,  
que ya va don Lisuado,  
y el sol, conde de Castilla,  
aún no ha llegado al ocaso.

GARCI: ¡Notable valor!

LISUARDO: Aquí  
me tienes ya, castellano;  
que el valor más que el peligro  
conmigo ha podido tanto  
que, habiéndome dado Linda,  
por una puerta del cuarto  
de Ordoño libertad hoy  
con piadoso pecho humano,  
y sabiendo en el camino  
que me retabas llamando  
a mi rey a desafío,  
venciendo por el agravio  
con el honor el temor

de la muerte, desarmando  
un soldado de los tuyos  
que hallé en el Ezla apartado  
de su cuartel, me presento  
antes que se haya ausentado  
el sol a volver por mí,  
como quien soy, disculpando  
a mi rey, y juntamente  
a cobrar determinado  
vengo una banda qué tienes  
contra mi gusto, pensando  
que era tan sufrido yo  
como he sido desdichado.

GARCI: Soberbio vienes.

LISUÁRD. Resuelto  
dirás mejor.

GARCI: Tan bizarro  
no te imaginé jamás.

LISUARDO: Pues has estado engañado;  
que esto que ves es lo menos  
que parezco.

GARCI: ¿Qué aguardamos  
a palabras si hay aceros?

LISUARDO: Eso es lo mismo que aguardo.

LINDA: Deteneos, y pues es  
aquestra banda que traigo  
por los ojos la que dice,  
quiero volverla a su mano  
del conde, con esta mía  
de esposa, porque en el campo  
defenderla mejor pueda  
del conde don Lisuardo;  
que pues está declarada  
la nulidad y han estado  
prendas mías en poder  
del de Castilla esperando  
esta elección, lo que he hecho  
será al gusto de mi hermano,  
que si repara en que di  
la mano a don Lisuardo,

para besar cada día  
la doy a cualquier vasallo.  
Acuda a su obligación,  
como es razón, entretanto  
que del conde de Castilla  
soy mujer.

GARCI: Yo soy tu esclavo.

LISUARDO: Yo, hermosa Sol, si merezco  
la tuya, digo otro tanto.

SOL: Tuya soy.

ORDOÑO: Heroicamente,  
Linda, el pleito has sentenciado;  
dadme, conde de Castilla,  
los brazos.

GARCI: Siempre mis brazos  
han de estar a tu servicio  
con eterna amistad.

LISUARDO: Danos  
tus manos a mí y a Sol.

ORDOÑO: Quiero también abrazaros.

RELOJ: ¿No sobraré para mi  
algún codo de un abrazo,  
pues soy de los delincuentes  
que se han vuelto a Dios?

ORDOÑO: A Lauro,  
a Ramiro y a Fruela,  
que están en esto culpados,  
haré contigo merced.

RELOJ: Vivas tres hanegas de años.

ORDOÑO: Vamos a León.

LISUARDO: Con esto  
da fin, dichoso senado,  
para fines más dichosos  
la romera de Santiago.

FIN DE LA COMEDIA

**Freeditorial** 